

BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la ley descansa en Miami

joseph berna



LA LEY DESCANSA EN MIAMI

SS Nº 1218

Autor: Joseph Berna

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

GLENN BLOCKER aparentaba unos treinta y dos años. Era moreno tenía el pelo liso y corto, los ojos castaños, el mentón bien marcado. Su cuerpo, alto y desarrollado, producía una gran impresión a primera vista en las mujeres. Bueno, a primera vista, a segunda, a tercera... Poseía, además de su figura atlética, un rostro varonil y atractivo. Tenía la costumbre de esbozar media sonrisa socarrona a todas horas. Mejor dicho, a casi todas, porque alguna que otra vez, un puño fibroso y calludo se estrellaba en ella, y entonces, adiós media sonrisa. Claro, que en otras ocasiones, la perdía voluntariamente, como ahora, que abrazaba y besaba entusiasmado a su secretaria.

—Estás preciosa esta tarde, Jane.

—Eso mismo has dicho esta mañana, Glenn —observó Jane, una rubia de medidas asombrosas. Llevaba una minifalda más corta que un chaleco corto, enseñando orgullosa sus portentosas piernas. El escote de su blusa transparente parecía el ojo de buey de un transatlántico de lujo. No hacía falta asomarse para descubrir las «marejadas».

—No puede ser, Jane.

—¿El qué no puede ser?

—Que te haya dicho eso.

—Lo juro.

—Si acaso, te habré dicho que estabas preciosa esta mañana, pero no esta tarde. Eso te lo he dicho ahora, que estamos en la tarde.

La rubia le miró confundida.

—¿Hablo para tontos, Glenn?

Blocker ladeó la cabeza, primero a la derecha y luego a la izquierda. Como no descubrió a nadie más en su despacho, volvió a encararse con la rubia.

—No.

—Déjate de bromas, Glenn. Esta mañana has dicho que estaba preciosa y esta tarde lo has vuelto a repetir.

—Y lo diría de nuevo esta noche si te volviese a ver, y mañana, y...

—Estás diciendo bobadas. Te has empeñado en marcharte de vacaciones. Y te vas mañana.

—A primera hora.

—Entonces, no podrás verme hasta que regreses...

—Cierto.

—Y..., ¿no me echarás de menos? —se puso melosa.

—Desde luego. A cada instante —y buscó ganoso los labios de la rubia.

Tras el beso, Jane dijo enfadada:

—Eres un embustero, Glenn.

—¿Por qué?

—Si de verdad me echaras de menos, no te irías de vacaciones.

—Me las he ganado, Jane. Soy un trabajador honrado y cumplidor... Todos disfrutan de sus vacaciones una vez al año. ¿Por qué tengo que ser yo la excepción?

—Porque eres un agente del FBI.

—¿Acaso los agentes del FBI no somos personas como las demás?

—Algunos no toman las vacaciones.

—Porque son unos idiotas. Y yo he sido un idiota otros años, pero éste, no. Estoy decidido a largarme un mes adonde sea, lejos del Departamento, sin ver nada ni a nadie que huela a FBI.

Jane, qué no pasaría de los veintidós años, continuaba entre los brazos de él, con su boca muy cerca de la del agente, respirando los dos el mismo aire. Ambos estaban de pie, en el centro del despacho.

—Podrías quedarte en Washington... —casi suplicó la rubia.

—No. Me encontrarían enseguida y me echarían a perder las

vacaciones.

—Te esconderías en mi apartamento, Glenn. Sería maravilloso, todo un mes juntos...

—Tú trabajas durante el día, Jane. Y no puedes pedir tus vacaciones, porque ya las has disfrutado.

Ella le dirigió una mirada cargada de pasión.

—Desde las seis de la tarde, hasta las ocho de la mañana, me tendrías a tu disposición, Glenn —susurró apenas—. Y así, durante treinta días. ¿No es tentador?

—Tienes que ser razonable, nena. Eso podemos hacerlo cuando finalice mis vacaciones. ¿Por qué desperdiciar desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde?

—Eres un sinvergüenza. Quieres aprovechar las veinticuatro horas de la jornada.

—Sólo quiero irme de vacaciones.

—Me quedaré muy sola... —dijo ella compungida.

Blocker sonrió. Sabía de sobra que Jane era la clase de chica que no puede permanecer sola ni un día. Tan pronto como él saliese de Washington, se buscaría compañía masculina. Quizá el mismo agente que ocupase su despacho durante su ausencia. Sin embargo, y como la rubia era sensacional, aplastó de nuevo su boca contra la de ella.

—¿Adónde piensas ir de vacaciones, Glenn?

—Eso sólo se lo diría a mi padre.

—Tu padre murió.

—Por eso.

—¿Temes que te siga?

—No. Lo que temo es que el jefe se entere.

—Yo no se lo diría.

—Prefiero mantenerlo en secreto.

—¿Te vas a Europa?

Por toda respuesta, Blocker le mordió el labio inferior.

—¿África?

Ahora le mordió el superior.

—Ya lo sé, Glenn; te vas a Australia.

El agente la soltó de pronto, colocó las manos sobre las rodillas

y se puso a saltar como un canguro.

—¡Acertaste, Jane, acertaste! —exclamó sin dejar de brincar.

Ella se vio obligada a sonreír.

—No te creo, bribón... Si lo hubiese acertado, no lo hubieras admitido.

Con su último salto, Blocker impulsó su cuerpo sobre el de la rubia, cayendo ambos sobre la mullida alfombra.

Jane soltó un gritito para disimular, porque la verdad es que tardó menos de un segundo en enroscarse al agente.

—¿No puedo hacer nada para que desistas de tu viaje, Glenn? —ronroneó rozándole los labios y hurgándole por la nuca.

—No. Pero puedes hacer algo para que la despedida sea maravillosa.

—Lo que sea, Glenn.

—Pues no perdamos tiempo —dijo él, dándole un fogoso beso.

La respuesta de la rubia casi le derrite los labios al agente.

El dictáfono funcionó en aquel preciso instante, oyéndose una voz gruesa:

—Señorita Hyer: ¿está ahí el agente Blocker?

—Es el jefe, Glenn —dijo quedamente la rubia.

—Que se desintegre —replicó él, besándola otra vez.

El dictáfono volvió a dejarse oír:

—¡Señorita Hyer! ¡Si está besando a ese granuja de Blocker, haga el favor de tomarse un respiro y conteste a mi llamada! ¡El trabajo es lo primero!

La rubia se levantó del suelo en un santiamén, acercándose al dictáfono. Apretó un botoncito blanco.

—¿Decía, señor Morris? —preguntó tratando de aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de poseer.

—¿Hacía, señorita Hyer? —retrucó con agudeza el vozarrón del jefe Morris.

—¿Cómo...? —fingió no entender la rubia.

Blocker, sentado aún sobre la alfombra, sonreía divertido. Y es que desde allí podía admirar mejor el par de remos de su secretaria, porque ella se había inclinado mucho para acercar su boca al dictáfono.

—¡Menos hacerse la tonta, señorita Hyer, que de eso usted no

tiene un pelo!

—De veras que no le entiendo, señor Morris.

Se oyó un gruñido por el aparato electrónico.

—¿Está o no está el agente Blocker? —gritó después.

—Sí, señor Morris —respondió ella enseguida.

—¿En qué se está entreteniendo si puede saberse?

—Recogiendo sus cosas, señor. ¡Ay!

—¡Demonios! ¿Se ha pinchado un dedo, señorita Hyer?

—¡No! No es nada —pudo articular con grandes dificultades la rubia, porque Glenn, gateando por la alfombra, se había colocado tras ella, besuqueándole las piernas por la cara posterior.

—¿Entonces por qué ha gritado? —gruñó Morris.

—Es una canción de moda, señor. ¡Ay, ay, ay...!

Por el dictáfono llegó nítido un taco, emitido por el jefe del Departamento.

—¡Por las barbas de Anacronte! ¡Menos canciones, señorita Hyer! ¡Que suba inmediatamente a mi despacho el agente Blocker!

—Sí, señor Morris. ¡Ay, ay...!

—¡Ay, ay! ¡Cuernos! —berreó el dictáfono, porque el jefe Morris ya hacía un buen rato que había perdido la calma. Soltó otra palabrota y luego cortó la llamada.

El agente se estaba partiendo de risa.

—¡No debiste hacerme eso, Glenn! —protestó la rubia, sin poder soltarse de los brazos de él, que le rodeaban las piernas.

—Has estado genial, Jane.

—Puedo perder el empleo.

Blocker le dio un tirón y ella cayó sobre sus rodillas.

—Y yo la cabeza, Jane —dijo apoderándose de sus labios.

El beso fue de los que deberían archivarse en la carpeta rotulada: Top Secret.

Cuando el agente la dejó libre, la rubia estaba más mareada que un operado a las pocas horas de abandonar el quirófano con un riñón menos.

—El jefe te espera, Glenn... —tartamudeó con los ojos cerrados.

—Qué pena, ¿verdad?

—Verdad —contestó sin abrirlos.

Blocker le estampó otro beso.

—Siento dejarte, Jane. Ahora que estábamos entrando en situación...

—No abandones Washington, Glenn... —pidió tiernamente—. Estaremos todo un mes en plena situación.

El agente se incorporó y dijo:

—Te recordaré, Jane. Te lo prometo.

—El recuerdo no me solucionará nada.

Glenn sonrió irónicamente.

—Te deseo que mi sustituto sea joven y apuesto. Jane. Adiós —dijo alcanzando la puerta y saliendo del despacho.

En el corredor divisó a una pelirroja bien formada, enfundada en un ceñido vestido. Llevaba una carpeta azul en las manos y avanzaba hacia él.

Ella también le descubrió y en el acto acentuó el balanceo de sus marcadas caderas. Cuando llegó a su lado, le sonrió con atrevimiento.

—Buenas tardes, Glenn.

—Hola, Ethel.

Los dos se detuvieron.

—¿Vas a ver al jefe?

—Sí, acaba de llamarme.

—He oído decir que te vas mañana de vacaciones...

—Tu oído es tan excelente como todo lo que te baja desde él hasta los pies.

La pelirroja Ethel le dedicó un abaniqueo de pestañas.

—Mis tíos tienen una casa de campo preciosa. ¿Por qué no me acompañas allí este fin de semana, Glenn?

—Tus tíos no me conocen.

—No importa. Ellos están ahora en California. Hasta dentro de dos meses no volverán a Washington.

Tras esta descarada aclaración, Ethel mostró sus dientes de gata.

—Lo siento, bombón —respondió él—. Yo tampoco estaré en Washington. Me voy lejos, muy lejos.

—También lo siento yo, Glenn —dijo ella. Luego dejó caer a propósito la carpeta. Se agachó, pero tardó mucho en recogerla, y

mucho más en levantarse.

El agente le contempló embobado la señalada grupa.

Cuando por fin Ethel se decidió a recuperar la vertical, el rostro de Blocker estaba congestionado.

—Buen viaje, Glenn... —dijo la insinuante pelirroja, iniciando la danza del caderazo.

El agente la siguió con la mirada hasta que ella desapareció por una puerta. Después carraspeó con fuerza y se dirigió a la planta superior.

Una vez en ella, entró por la puerta del fondo.

—Hola, Leslie —saludó—. He recibido una llamada del ogro.

—Pues lleva cuidado, Glenn. Está que corta clavos con los dientes.

Leslie era una morena sugestiva, joven y de rostro bello. Tenía la desgracia de ser la secretaria particular de Shaw Morris. Estaba en el despacho que servía de antesala al del ogro, como generalmente llamaba Blocker al jefe del Departamento.

—¿Sabes por qué, preciosa?

—Directamente no lo sé, Glenn. Pero presumo que su mal humor de hoy se lo ha proporcionado el asunto de tus vacaciones.

—Me lo suponía, Leslie.

—Tú verás cómo lo capeas.

—Espero salirme con la mía.

—Te lo deseo de corazón, Glenn.

El agente se quedó mirándola con fijeza.

—¿Ocurre algo, Glenn? —le preguntó ella extrañada.

—¿Sabes una cosa, Leslie? Eres la primera persona que no ha tratado de disuadirme.

—¿Disuadirte?

—Sí, cambiar mis planes. O sea, renunciar a mi viaje de vacaciones.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Por lo mismo que las demás.

La morena encogió los hombros.

—No sé por qué lo han hecho las demás.

Glenn se preguntó si ella hablaba en serio o trataba de tomarle

el pelo.

—Jane acaba de invitarme a pasar todo el mes de mis vacaciones en su apartamento. Y casi a continuación, Ethel me ha propuesto visitar este fin de semana la casa de campo de sus tíos, y éstos están en California.

Leslie apoyó los codos sobre la mesa y con una mano se bajó un poco los lentes de finos cristales, mirando por arriba de la negra montura a Blocker.

—Mi apartamento es muy pequeño, Glenn. Y no tengo tíos con casa en el campo. De todos modos, si poseyera algo de eso, no se me ocurriría hacerte esa clase de proporciones.

—¿No me encuentras apuesto, Leslie? —preguntó él, simulando arreglarse el nudo de la corbata.

—Claro, Glenn. Por eso las chicas van detrás de ti como locas.

—Tú eres una chica, Leslie... Y muy bonita.

—Pero conservo la cabeza sobre los hombros.

—Eso equivale a decir que yo a ti ni fu ni fa.

—En el sentido que tú supones, ni da ni fu. Te aprecio, porque somos compañeros de trabajo y nos conocemos ya algún tiempo, pero no me encuentro entre ese ramillete de secretarias del Departamento que se funden por tus besos.

—Quizá se deba a que nunca te he besado... —dijo con presunción Blocker, sacándose los puños de la camisa.

Ella resistió valientemente la mirada de él.

—Eres un engreído, Glenn.

—Herencia de mi abuelo.

—Conmigo no te vale. Es cierto que nunca has intentado besarme; y gracias a eso conservas todas las piezas de la dentadura.

Glenn lanzó una carcajada.

—¿Pretendes insinuar que me habrías pegado?

—No es una insinuación, sino una afirmación. Tengo relaciones formales con un industrial, Glenn. Pienso casarme a finales de año. Le quiero y él me quiere. Como ves, no podría tolerar que cualquiera me fuera besando, aunque fuese apuesto y atractivo como tú.

Blocker dio una vuelta sobre sí mismo, hinchando el pecho con petulancia.

Leslie sonrió sardónicamente.

—Tu vanidad no tiene límites, Glenn. Y es una pena. Te causará problemas en el futuro.

Blocker cambió de expresión.

—Todo era una broma, Leslie. Ciertamente, tengo pocas oportunidades de bromear contigo. Ni soy engreído ni vanidoso. Y no sabía que tenías relaciones, de veras. En tal caso, no habría habido broma, te lo aseguro. Deseo que seas muy feliz en tu matrimonio.

La morena le miraba amoscada.

—Resulta difícil saber cuándo hablas en serio y cuándo en broma, Glenn.

—Ahora lo hago en serio, Leslie. ¿Perdonas mis palabras de antes? —inquirió con una cándida sonrisa.

Ella se contagió de la sonrisa, fiándose de la expresión sincera que veía en el rostro del agente.

—Ya está olvidado, Glenn.

Blocker empezó a revisarse los bolsillos de la americana.

—Dónde estará, maldita sea...

—¿Qué buscas, Glenn?

—Quiero hacerte un obsequio, Leslie, por haber sido tan paciente conmigo.

—Oh, no te molestes.

—Sí, sí, te lo voy a dar —siguió buscando—. Era de mi madre, ¿sabes?

—Te repito que no es necesario.

—Ya lo creo que sí, Leslie. Y no se te ocurra rechazármelo.

Blocker debió encontrar al fin lo que buscaba, ya que sacó una mano cerrada del bolsillo interior de su chaqueta.

—Ya lo tengo —dijo muy alegre.

—¿Qué es? —curioseó la morena.

—Algo maravilloso, Leslie. Le tengo un gran cariño, porque es el único recuerdo que guardo de mi pobre madre, que Dios la tenga en su gloria —se emocionó visiblemente, cambiando el tono de voz.

Leslie sintió cómo se le humedecían los ojos.

—Pero quiero que lo tengas tú —continuó Blocker— y así, no se lo daré en un momento de juerga y borrachera a ninguna mujer

que no lo merezca.

—Pero, Glenn, yo... —dijo ella, muy emocionada también.

—A callar, Leslie —interrumpió él—. Cierra los ojos y extiende una mano con los dedos separados.

La encantadora morena, sintiendo un nudo en la garganta, obedeció.

Glenn se acercó a ella con rapidez y le soltó un beso en todos los labios. Después echó a correr hacia el despacho de Shaw Morris, sin volverse a observar la expresión de asombro, que, con toda seguridad, reflejaría el rostro de Leslie, tras el chasco de recibir un beso traidor en lugar de un anillo que era lo que en buena lógica debía esperar. Pero él no tenía ningún anillo de su madre, ni lo había tenido nunca. Todo había sido una treta que le resultó un exitazo completo.

Entró en el lujoso despacho y cerró la puerta al instante.

—Buenas tardes, jefe.

—Veo que has venido corriendo, ¿eh? —exclamó Morris. Era grueso, de estatura media, ojillos saltones y sonrojadas mejillas. Estaría por los cuarenta y cinco años. Tenía una cabeza muy desarrollada, cubierta de abundante pelo negro. Se encontraba en mangas de camisa, con los puños doblados, el cuello desabrochado, arrellanado en un cómodo sillón, tras la amplia mesa.

—Así es, jefe. Oír su voz y venir como una bala ha sido todo una misma cosa.

—¡Mientes! —ladró enfurecido—. ¡Has tardado quince minutos en subir una sola planta!

—Tropecé con...

—¡No me lo digas! —cortó con un rebuzno—. ¡Con Jane Hyer, con fulana y con mengana! ¡Cualquier cosa con faldas te entretiene!

—¿A usted no? —preguntó tranquilamente Glenn.

—¡No!

—¿Desde cuándo le gustan los pantalones, jefe?

Morris soltó dos improperios dignos de un descargador de muelles.

—Debería leer Blancanieves y los Siete Enanitos, jefe. Necesita urgentemente purificar su vocabulario.

—¡Debería leer pimientos! —estalló encolerizado.

—Al grano, jefe. Son mis últimos minutos de trabajo y no quisiera desaprovecharlos. Me appena robarle al Departamento — dijo con soma Glenn.

Shaw Morris sacó un pañuelo y se lo pasó por la mojada frente.

Glenn pensó que para secar todo aquel kilómetro de epidermis haría falta una sábana persa.

Morris, tras unos segundos de pausa, sonrió sin ganas y dijo:

—Te quedas sin vacaciones, Blocker.

CAPÍTULO II

GLENN quedó completamente inmóvil, como anquilosado, mirando a su jefe de forma muy extraña. Pero poco a poco empezó a reaccionar. Primero recuperó su media sonrisa socarrona, después, la sonrisa fue entera, y más tarde, las carcajadas debieron oírse en todas las estancias del edificio.

Mientras Glenn se tronchaba de risa, Shaw Morris permanecía muy serio, observando desconcertado la tremenda hilaridad del agente.

—¡Qué bueno, jefe! —exclamó Glenn, mientras se sujetaba el hígado para que no se le desprendiera a causa de las risotadas.

—¿De veras te parece bueno, Blocker? —preguntó inmutable Morris.

—¡Extraordinario! —contestó Glenn, dejándose caer en un butacón de enormes orejas—. Si ese chiste lo cuenta Bob Hope o Jerry Lewis, el auditorio se revuelca por el suelo.

—¿Qué chiste, Blocker?

—¡Oh, vamos, jefe...! Que eso de que me quedo sin vacaciones ha estado sensacional.

Glenn tenía los ojos llorosos de tanto reírse.

Morris encendió un cigarrillo.

—¿Quieres uno, Blocker?

El agente aceptó la invitación.

—Te quedas sin vacaciones, muchacho.

—Cambie el disco, jefe, que ése debe estar rayado.

—Ha surgido un imprevisto.

—Me tienen sin cuidado los imprevistos. Mañana me largo.

—No puedes irte, Blocker.

—Ya verá si puedo.

—El Departamento te necesita.

—Que se arregle sin mí.

—Verás, Blocker, se trata de...

—No quiero saber de qué se trata, jefe. Sea lo que sea, no cuente conmigo. Mañana desapareceré de Washington y no me verá usted ni nadie del Departamento en los próximos treinta días. He dicho.

—No puedes hacerme eso, Blocker.

—Espere... Espere... —advirtió muy seguro.

—Te lo pido como un favor especial —insistió Morris, afligido.

—Los favores especiales los atenderé dentro de treinta días. Hasta entonces, sólo morenas, pelirrojas, rubias...

—Déjate de sarcasmos, Blocker.

—No son sarcasmos, jefe. Es una realidad como su cabeza de grande.

—¡No te metas con mi cabeza!

—Disculpe.

Morris suspiró hondamente.

—Sé que no puedo obligarte, Blocker.

—Yo también lo sé. Tengo una carta en el bolsillo, con membrete del Departamento Central del FBI en Washington, que me autoriza a marcharme de vacaciones. ¿Sabe quién la firma, jefe?

—Yo... —dijo apenado—. Ojalá me hubiese quedado manco antes de hacerlo.

—Bah, no creo que sea para tanto.

—Es un asunto muy importante, Blocker.

—Ya le he dicho que no quiero saber detalles.

—De todas formas, quiero hablarte de ello.

—Será inútil, jefe. No logrará hacerme cambiar de idea.

—¿Recuerdas los indicios que teníamos sobre esa peligrosa banda de traficantes de drogas que opera en Florida?

—¿Recuerda usted a Marilyn Monroe? ¡Qué mujer, jefe!

La sangre se agolpó en el molludo rostro del jefe del

Departamento. Sus ojos chisporrearon y sus gruesos labios empezaron a temblar, mientras crispaba los puños.

—Desconéctese, jefe, o estallará como un proyectil dirigido.

Realizando ímprobos esfuerzos, Morris logró transfigurarse otra vez, recobrando su expresión normal.

Tras la pausa, insistió:

—Como te decía, Blocker, vamos detrás de esos traficantes. Tenemos algunas pistas más y creo que es el momento oportuno para echarles el guante.

—Pues nada, jefe, a intentarlo. Si logra que los atrapen, le enviaré una postal con mi más sincera felicitación.

—Me gustaría que te encargaras tú del «trabajo».

—Dispone de muchos agentes en el Departamento, jefe. Cualquiera de ellos realizará esa misión con éxito.

—Yo confío en ti más que en nadie.

—Me baila el corazón de orgullo, jefe.

—Puedes seguir haciendo el payaso cuanto quieras, Blocker; pero sabes que digo la verdad. Si tú vas a Florida, la banda de traficantes puede considerarse atrapada.

—Si esa banda espera un mes, la atraparé con sumo gusto.

—Tiene que ser ahora, Blocker.

—Entonces lo siento mucho, jefe. Durante un mes sólo atraparé...

—Cuerpos femeninos —adivinó Morris.

—Eso.

El jefe entrecerró los ojos.

—¿Sigues negándote, Blocker?

—Naturalmente. Soy un tipo de decisiones firmes e irrefutables. Morris encogió el pecho abatido.

—Nunca creí que fueras capaz de hacerme esto, Blocker.

Glenn brincó del butacón.

—¡Llevo cinco años sin disfrutar de mis vacaciones! ¡Siempre que me disponía a preparar las maletas, surgía el clásico imprevisto y me veía obligado, por no contrariarle a usted, a quedarme en Washington! ¡Estoy hasta las narices!

—Eso es cierto, muchacho. Y créeme que lo siento. Por eso este

año estaba dispuesto a concedértelas. Pero ha surgido...

—¡Lo de siempre! ¡Ha surgido lo de siempre!

—Hagamos un trato, Blocker.

—¡No hay trato!

—Tú te vas a Florida, solucionas este asunto, y luego te vas cuarenta y cinco días de vacaciones. ¿Qué me respondes?

—¡Ni me voy a Florida, ni soluciono ningún asunto, ni quiero mes y medio de vacaciones!

—Saldrías ganando en un cincuenta por ciento.

—¡Falso! ¡Perdería en un ciento por ciento, porque luego aparecería un nuevo asunto y pasaría lo de los otros años! ¡Quiá! ¡Me voy mañana!

Sobrevino una pausa.

—Está bien, Blocker. No discutamos más. Lárgate mañana y que disfrutes de tus vacaciones.

Glenn miró fijamente a Morris.

—¿Oigo lo que oigo, jefe?

—Sí, muchacho. Comprendo tus razones y no puedo, honradamente, rebatirlas. Estás en tu derecho de tomarte un descanso, que por otra parte, te mereces más que nadie.

—Oiga, jefe, si trata de ablandarme con esa actitud...

—Nada de eso, Blocker. No insistiré más.

—¿De veras?

—De veras.

Glenn respiró aliviado.

—Siempre he dicho que es usted un tipo excelente, jefe.

Morris sonrió débilmente.

—El trabajo nos hace ser egoístas a veces, muchacho. Espero que lo comprendas y no me guardes rencor.

—Lo comprendo, jefe. Y no estoy molesto con usted.

—Gracias, Blocker.

Glenn le tendió la derecha y el jefe se la estrechó.

—Adiós, jefe. Suerte en el asunto de Florida.

—Vamos a necesitar, Blocker... A propósito, ¿dónde vas a pasar tus vacaciones? —preguntó sonriendo dulcemente.

Glenn se puso en guardia, aunque supo disimular.

—¡Pst! Por ahí.

—¿No tienes aún elegido el lugar?

—Quizá.

—¿No quieres decírmelo?

—Sí, no hay inconveniente, me voy a la luna. Tengo buenos amigos en la NASA. Ya me han confeccionado un precioso traje de astronauta. Lo que no sé aún es el número del «Apolo» que me han destinado.

Morris frunció el ceño.

—Temes que te haga seguir, ¿eh?

—Diana. Y si diera conmigo, volvería a insistirme. Nadie podrá localizarme esta vez, como me llamo Glenn Blocker.

Morris sonrió ahora presuntuosamente.

—¿Estás seguro, Blocker?

—Totalmente.

—Si yo quisiera, sabría a cada minuto tu paradero.

—¡Ja!

—¿Hacemos una apuesta?

—¿Qué clase de apuesta?

—Si consigues estar una semana, sólo una semana, sin que mis hombres te localicen, te aumento las vacaciones treinta días más.

Glenn se masajeó el mentón.

—¿Dos meses de vacaciones, jefe?

—Sesenta días, muchacho —asintió.

—Caramba, es para pensarlo...

—¿Qué decides?

—Que no.

—Sabía que te negarías, Blocker. Los muchachos te descubrirían pronto y todo el Departamento se reiría de ti.

—No me encontrarían, jefe.

—Tu negativa desmiente tus palabras.

—Quinientos dólares.

—¿Qué...? —se sorprendió Morris.

—Quiero dos meses de vacaciones y quinientos dólares.

—¿No te parece abusivo?

—Según usted, nunca cobraré ese premio. ¿O acaso empieza ya

a creer que puedo ganármelo?

—¿Sabes lo que pasará si los muchachos te localizan antes de una semana?

—Dígamelo usted.

—Perderás al instante los días que te resten de vacaciones.

—Me arriesgaré.

—Y tendrás que ir a Florida.

—Si me encuentran, iré a Florida.

—¿Debo considerar que aceptas la apuesta?

—La acepto, jefe.

Morris sonrió astutamente.

—Te creía más inteligente, Blocker.

—Tampoco soy el rey de los tontos.

—No podrás ni siquiera salir de Washington sin que mis hombres te vean.

—Pienso tomarme una pastilla que me convertirá en mono. Luego iré a un circo y me introduciré en una jaula donde haya una mona atractiva. Donde vaya el circo, iré yo. Parece una buena idea, ¿eh, jefe?

Morris reía ruidosamente.

—No habrá disfraz que te sirva, Blocker. Los muchachos conocen tu habilidad para camuflarte y no se dejarán engañar.

—El tiempo lo dirá, jefe. Adiós.

—Buena suerte, Blocker.

—Le deseo lo contrario, jefe. ¿Me acompaña hasta la puerta?

—Como quieras.

Shaw Morris se levantó del sillón y se dirigió, junto con el agente, hacia la puerta.

Glenn la abrió, cediéndole amablemente el paso a su superior.

Morris se asomó sonriente.

Una papelerera metálica voló por los aires.

El cabezón del jefe Morris quedó adornado con un sombrero muy original, aunque algo pesado; la papelerera metálica.

Glenn lanzó un grito de sorpresa.

Shaw Morris también lo lanzó, pero de dolor.

Leslie agrandó los ojos, mientras se llevaba las manos a la boca,

aterrorizada, porque el envío iba dirigido a Glenn Blocker, pero el jefe había salido por la puerta en lugar del agente. ¿Por qué se le habría ocurrido salir al señor Morris?

El jefe miraba lleno de coraje a su secretaria particular, por las rendijas de la tela metálica.

La morena Leslie se había quedado petrificada, con el rostro como la grana.

Glenn se reía exageradamente.

—¿Desde cuándo se dedica usted a practicar el lanzamiento de la papelera, señorita Ross? —inquirió enojado Morris—. Que yo sepa, no es deporte que esté incluido en los Juegos Olímpicos.

—Yo... En fin... —no le salían las palabras a la pobre Leslie.

—¡Infiernos, jefe! Parece un astronauta de verdad —medió Glenn.

—¡Por todos los diablos! —rugió Morris—. ¡Quítame esto, Blocker! —ordenó al comprobar que el chisme metálico se resistía a dejar su calabaza cerebral.

—En seguida, jefe —y dio un fuerte tirón.

El cuello de Morris duplicó su longitud, mientras que su propietario aullaba como un condenado.

—¡Animal! —gritó como loco.

—Perdone, jefe, pero su «perla» no sale fácilmente de ahí.

—Yo le ayudaré, señor Morris —se ofreció Leslie, avanzando temerosa un paso.

—¡No se acerque, señorita Ross, o me la como vestida y todo! —relinchó Morris.

Ella retrocedió asustada.

—¡Vamos, Blocker, sácame la cabeza de una vez!

—¿La cabeza? Querrá decir la papelera, jefe.

—¡Lo que sea, pero rápido!

—Observemos, jefe —dijo pacienzudo Glenn, mirando a Morris de frente—. La nariz entorpece la salida del «diamante», y las orejas también dificultan lo suyo.

—¡No pretenderás cortarme todo lo que moleste...! —voceó iracundo.

—Sería una solución rápida... —ironizó Glenn.

—¡Quiero salir de aquí entero! —gritó exasperado.

—Encoja la cabeza, jefe, que voy a intentarlo de nuevo.

—¡La cabeza no se puede encoger, Blocker!

—Es que posee usted una que, de haberla tenido Goliat, David no se hubiese hecho famoso, porque el pedrusco que le lanzó con la honda se hubiera deshecho como un terrón de azúcar.

—¡No te consiento que bromees con mi cabeza!

Glenn saltó sobre la mesa de Leslie y empezó a tirar de la papelera.

Morris gritó como si le estuviesen quemando vivo.

Leslie se había puesto muy pálida y miraba perpleja la insólita escena.

La papelera cedió al fin.

—¡Ya está, jefe! —exclamó alborozado Glenn.

Al mismo tiempo, un alarido ensordecedor rasgó el aire.

Lo había lanzado Shaw Morris, llevándose las manos a las orejas llenas de rasguños. Su nariz parecía un crucigrama a medio resolver.

A continuación, empezó a soltar un muestrario de maldiciones.

—Cálmese, jefe —rogó Glenn, bajando de la mesa—. Sigue teniendo orejas y nariz. Ya ha pasado lo peor.

—¡Ya ha pasado...!

—Chitón, jefe —cortó Glenn—, que hay una señorita presente.

Morris se engulló el exabrupto que estuvo muy a punto de salir por su garganta.

Leslie continuaba descolorida y temblorosa.

—¿Quiere un consejo, jefe? —inquirió Glenn.

—¡No!

El agente no hizo caso y se lo dio:

—Debería visitar a un médico chino. Ellos son especialistas en algo que a usted le urge mucho.

—¿En qué? —bramó Morris.

—En reducir cabezas, jefe. Le podrían dejar una de bolsillo, la mar de cómoda y ligera.

Morris quiso decir tantas cosas a la vez, que no dijo ninguna. Bueno, ninguna coherente.

Tras la retahíla de gruñidos indistinguibles, dio media vuelta

bruscamente y se introdujo en su despacho, cerrando de un portazo descomunal.

Glenn se encaró con la secretaria de largos y negros cabellos.

—Buena la has hecho, Leslie.

Ella, al ver desaparecer a su jefe, recobró toda la fiereza que había estado almacenando desde que el agente le tomó la caballera de forma tan poco noble.

—¡Eres un miserable, Glenn! ¡Un cobarde! ¡Un villano! ¡Una rata de alcantarilla!

—¿Todo eso por un solo beso, fugaz además? —dijo con calma Blocker, y luego chascó la lengua mientras sacudía la cabeza.

—¡Eso que has hecho es indigno de un caballero!

—Tienes razón, Leslie. Un verdadero caballero te habría abrazado fuertemente y te habría besado tres o cuatro veces sin prisas, enfrascado en la «tarea». Pero yo sí tenía prisa, cariño. Sin embargo, te prometo hacerlo así cuando regrese de mis vacaciones.

—¡Si vuelves a ponerme una mano encima, te desgarró como a una tela vieja!

—Eso me recuerda que antes no te la he puesto, Leslie. Sólo te he besado... —dijo aproximándose a ella.

—¡Si me rozas siquiera, te despellejo como a un conejo!

—Estás deseando perderte entre mis brazos, Leslie... ¿Por qué no lo admites?

—¡Pedante! ¡Vanidoso!

—Tú me deseas, nena...

—¡Ver guillotinado!

—No...

—¡En la cámara de gas!

—No...

Blocker ya estaba muy cerca de ella.

—¡En la silla eléctrica! —gritó la morena, con la espalda pegada contra la pared.

—Sólo te falta hablar de fusilamiento.

—¡No me toques, malvado! —preparó las uñas para la defensa.

—Tu boca dice lo contrario que desea tu corazón.

Leslie le soltó un zarpazo con la derecha.

Glenn tardó escasos segundos en tenerla bien sujeta, con los brazos tras la espalda.

La morena quiso gritar, pero no llegó a tiempo.

La boca del agente, pegada a la suya, se lo impidió.

Glenn se recreó en la caricia.

Su pierna derecha recibió un puntapié.

La izquierda, otros dos.

No obstante, siguió explorando por los labios de la morena, porque tenía las espinillas duras y resistentes.

Pero un rodillazo en mal sitio le obligó a soltar los brazos de ella.

Al instante recibió una seca bofetada.

Blocker echó a correr por el despacho, encogido de dolor.

Leslie le lanzó un grueso diccionario, alcanzándole en toda la espalda.

El agente se fue de cabeza contra un archivador, metiéndola en un cajón que permanecía abierto.

Leslie tardó un segundo en llegar junto a él y patearle el trasero con la misma maestría que lo hubieran hecho Tostao, Gerson, Rivelino, o cualquier componente de la Selección brasileña de fútbol.

—¡Rufián! ¡Bellaco! ¡Indeseable! —exclamaba a cada golpe.

Glenn, con las posaderas cocidas a patadas, se revolvió como una centella, atrapando la cintura de la empedernida jugadora de fútbol.

—¡Suél...tame! —gritó la morena forcejeando.

Los dos rodaron por el suelo.

—¡Condenado! ¡Infame! ¡Canalla!

—Voy a cobrarme el regateo, preciosa.

Glenn la sujetó bien, para no ser alcanzado esta vez por ningún golpe imprevisto, y le dio una ración exagerada de besos de todas clases y duraciones.

—Así no lograrás salir de Washington, Blocker —dijo Morris, que alarmado por los ruidos, había vuelto a dejarse ver por la puerta de su despacho.

Glenn se levantó muy aprisa.

—Tropecé con Leslie, jefe —dijo sacudiéndose la ropa—. Soy

muy torpe.

—Sí, claro... —se burló Morris, mirando a la pareja de forma significativa.

—No piense usted mal, jefe —continuó disculpándose Glenn—. Leslie se lo puede confirmar.

—¿De veras, señorita Ross?

La morena ya se había incorporado, con la melena desordenada. Había perdido los lentes.

—Dile la verdad, Leslie —apremió Glenn.

Ella dudó un poco, mientras se arreglaba el vestido.

—Sí, señor Morris. Le pedí a Glenn que me alcanzara el diccionario. Se cayó de la silla y me arrolló en la caída.

—Si Blocker ha intentado propasarse con usted, debe confesarlo, señorita Ross. Le daré un castigo ejemplar, para que no vuelva a intentarlo con ninguna otra.

—No hubo intención, señor Morris —mintió de nuevo—. Ha sido un accidente casual.

—Ya lo está oyendo, jefe —sonrió socarronamente Glenn.

—En ese caso, pueden seguir «accidentándose», señorita Ross —dijo antes de regresar a su despacho.

Cuando de nuevo quedaron solos, el agente dijo:

—Gracias por no delatarme, Leslie.

—Vete, Glenn, antes de que volvamos a enzarzarnos a golpes.

—Y a besos...

—No me lo recuerdes.

Leslie localizó los lentes, pero no pudo colocárselos, ya que tenían una pata rota.

—Mira lo que has conseguido, Glenn —dijo apesadumbrada.

—Lo siento. Te compraré unos nuevos si quieres.

—Sólo quiero perderte de vista.

—Lamento que las cosas hayan salido tan mal.

—¿Qué esperabas? ¿Que me dejase estrujar y besar complacida? —replicó duramente.

—Hubiera sido mucho mejor.

—Para ti.

—Y para ti también.

—Yo ya tengo quien me bese.

—El industrial.

—Exacto.

—¿Sabes una cosa, Leslie? Empiezo a envidiar al industrial.

—Lárgate, Glenn. Me sacas de quicio.

—¿Si yo fuese industrial en vez de agente del FBI, te casarías conmigo?

—Ni amenazándome de muerte.

—¿Tanto me odias?

—Desde hace unos minutos, como a nadie.

—Tras los grandes odios dicen que nacen los grandes amores...

—Adiós, Glenn. Y ojalá no vuelvas a Washington.

—Será difícil que olvide el sabor de tus labios, Leslie...

—Adiós —repitió ella secamente.

Glenn Blocker salió lentamente del despacho de la secretaria de Shaw Morris.

CAPÍTULO III

MIENTRAS descendía por las escaleras, Glenn pensaba en la morena Leslie. Verdaderamente, se había comportado como un salvaje con ella; y lo más curioso era que desconocía la razón. La secretaria del ogro nunca se le había insinuado, ni se le conocían amores y aventuras con alguien del Departamento. Teniendo en cuenta eso, ¿por qué se había comportado así con Leslie? ¿Por qué la había tratado como a la fresca de Jane o a la provocativa Ethel?

Sin llegar a conclusión alguna, alcanzó la puerta de salida.

En la acera, a unos diez o doce metros, descubrió a dos sujetos que él conocía muy bien. Eran Vic Kendall y Jesse Wilde, dos agentes del Departamento, compañeros de su promoción.

Kendall era pelirrojo, tenía la nariz torcida y el cuello alargado.

Wilde era rubio, bien parecido, de rostro alegre y simpático.

Ambos poseían una anatomía maciza, rebosando energía y fibrosidad desde la cabeza a los pies.

Permanecían apoyados contra un sedán azul, propiedad del rubio Wilde.

Tan pronto como Glenn apareció en la acera, repararon en él, cambiando una sonrisa misteriosa entre ellos.

Blocker también sonrió, dándose cuenta de que el ogro no había perdido el tiempo. Kendall y Wilde, a buen seguro, tendrían órdenes de seguirle hasta el mismo infierno si fuese preciso. Y no sólo estarían ellos dos alertados, sino varios agentes más. Hasta un helicóptero revoloteaba la zona, para mayor seguridad. El ogro no quería perder la apuesta.

Glenn se dirigió a su vehículo, un «Chevrolet» rojo, nuevo y

reluciente. Abrió la portezuela y accionó la llave de contacto.

Por el espejo retrovisor se dio cuenta de que Wilde y Kendall subían al sedán.

El «Chevrolet» se puso en marcha, seguido a poca distancia por el sedán azul.

Durante el recorrido, Kendall y Wilde no se despegaron del automóvil de Blocker.

El helicóptero tampoco se perdía detalle de las maniobras del «Chevrolet» rojo.

Glenn detuvo el coche frente a su apartamento.

El sedán aparcó a menos de quince pasos del «Chevrolet».

Mientras Blocker entraba en el portal del edificio, los otros dos agentes salieron del sedán, quedando en pie junto a éste, en espera de que Glenn saliese de nuevo. Sabían de sobra que el edificio no tenía más salida que aquélla, de modo que Blocker, si pensaba realmente irse de vacaciones, tendría que cruzar primero el portal.

Diez minutos más tarde, por la salida del bloque de apartamentos, se dejó ver una morena de curvas increíbles, alta, de rostro perfecto. Oteó la calle de un lado a otro y después echó a andar, dándole unas sacudidas épicas a sus costados.

—¿No será Glenn esa impresionante morena, Vic?

El pelirrojo lanzó una risotada.

—No seas estúpido, Jesse —le respondió al rubio—. Glenn es muy hábil con los disfraces, pero sólo de piel para fuera. ¿De dónde crees que podría haber sacado ese par de piernas que causan verdadera locura? ¿Y qué me dices del busto?

Eso era cierto. La morena lucía un vestido corto muy escotado, y todo lo que enseñaba se veía que era muy «natural».

—De todos modos, voy a asegurarme de cerca —dijo Wilde, aproximándose en pocas zancadas a la seductora hembra.

Cuando le dio alcance, preguntó:

—¿Todo lo que lleva es suyo?

La morena se pasó. Dio una ojeada descarada al agente Wilde y dejó que una de sus caderas tocara casi la pared, a pesar de que ésta estaba algo distante.

—Comprobarlo no te costará mucho, guapo —respondió sonriendo malévolamente—. Precisamente ahora iba en busca de

algún generoso «revisor».

El rubio carraspeó nerviosamente.

—Disculpa, hermosa, disculpa —y trató de alejarse.

Ella le frenó, cogiéndole un brazo.

—Espera, majo —dijo con acaramelada voz—. No debes marcharte tan pronto, que estás de muy buen ver. Aún no te he dicho lo que cobro...

—Tengo prisa —balbució Wilde.

—Si crees que llevo algo artificial, puedes «tomarte» algo a cuenta —dijo acercándole el opulento busto.

El rubio se soltó de un tirón y corrió hacia su compañero.

—Cómo está el mundo... —dijo despectivamente la vampiresa—. Ya no quedan hombres —y empezó a caminar otra vez.

El pelirrojo Kendall se arrugaba de risa.

—¿Era Glenn, Jesse? —preguntó dándose un respiro.

—¡Qué va! —exclamó Wilde, empezando a reír también—. Una fulana real desde el cabello hasta los pulgares de los pies.

—Te ha puesto en un aprieto, ¿eh?

—Porque estamos de servicio, que si no...

—¡Observa eso, Jesse! —exclamó Kendall, apuntando con una mano hacia el portal.

Wilde se volvió y descubrió a un clérigo de lujosos ropajes, con casquete rojo en la coronilla y todo. Una espesa barba, y un no menos espeso bigote, apenas si le dejaban ver el rostro. Pero era alto y fornido. Tan alto y tan fornido como el agente Glenn Blocker.

El clérigo estaba en el portal, mirando hacia los dos agentes.

Un hombre de avanzada edad se detuvo junto al supuesto representante de Dios en la tierra y le besó la mano con respeto.

—¿Me da la bendición, padre? —le preguntó a continuación.

—¿La bendición?

—Sí, padre.

—Allá va, hermano —respondió el de las sotanas, canturreando algo que pretendía ser latín, aunque nadie, por muy experto en lenguas que fuese, podría saber lo que era en realidad.

—¿Por qué me da la bendición con la izquierda, padre? —se extrañó el creyente.

—Porque soy zurdo, hijo mío.

—Comprendo. Gracias, padre.

El hombre se alejó andando despacio y rascándose la cabeza.

Kendall y Wilde se deslomaban de risa, porque desde el lugar en que se encontraban pudieron oír perfectamente el breve diálogo.

—¡Pareces el cardenal Richelieu, Glenn! —graznó Kendall, sujetándose los riñones.

—¡Esto es para morir, Vic! —vociferó Wilde.

El de las sotanas lanzó una palabrota tan dura, que de haber sido un clérigo auténtico, le hubiese costado la excomunión. Luego se arrancó la barba y el bigote de un manotazo.

Era, en efecto, Glenn Blocker.

Dejó escapar dos impropiedades más y se perdió por el portal.

Wilde y Kendall seguían desmoronándose de risa, con lágrimas de hilaridad resbalándoles por las curtidadas mejillas.

—¡Este Glenn es único, Jesse!

—¡Y que lo digas, muchacho! ¡Lo que nos vamos a divertir con esta misión!

No habían transcurrido aún diez minutos más, cuando por el portal se asomó con cuidado un centurión romano, completo desde las sandalias de cuero hasta el casco de acero con penacho rojo.

El centurión romano apoyó su mano derecha sobre la empuñadura de su temible espada corta y miró desafiante a los dos agentes.

La carcajada de Vic Kendall casi se cargó un cristal del sedán.

La de Jesse Wilde hizo temblar un anuncio luminoso.

—¡Un centurión romano con barba! —se desgañitó Kendall.

—¡Será que viene de una larga campaña! —musió Wilde.

—¡Podías haberte depilado las piernas, Glenn! —berreó el pelirrojo—. ¡Parecen las de un borrego!

El centurión lanzó un taco de los que en la antigua Roma no llegaron a conocerse. Estuvo tentado de sacar la espada y liarse a cuchillazos contra los dos agentes del FBI que tan difíciles le estaban poniendo las cosas.

Algunos transeúntes miraron con curiosidad al corpulento centurión romano.

Blocker volvió a desprenderse de la barba y del bigote,

ocultándose en el portal con huraño rostro.

Después, realizó tres nuevas intenciones.

Se disfrazó de payaso, de árabe y de Supermán, siempre con la barba y el bigote.

Todo inútil.

Kendall y Wilde, con sus tremendas carcajadas, daban a entender que no le servía ninguna clase de disfraz.

Glenn empezaba a desesperarse, mientras rebuscaba en el baúl de los disfraces.

Le quedaban dos: Uno de Napoleón Bonaparte y otro de torero.

Pero seguía con el problema, grandioso problema, de la barba y el bigote. Si no se los ponía, era fácil reconocerle; si se los ponía, el disfraz se echaba a perder, porque ni Napoleón tenía barba ni los toreros suelen usarla, y le reconocían igualmente.

En eso, sonó el timbre del apartamento.

Glenn, con los puños preparados, abrió la puerta.

Allí había un hombre joven, alto y robusto.

No era Kendall.

Tampoco Wilde.

Era un fontanero con mono de trabajo, gorra, varias manchas por la cara y una caja alargada echada sobre la espalda, colgada de una ancha correa de cuero que le pasaba por el hombro izquierdo.

—¿Señor Blocker?

—Yo.

—Soy un empleado de la fontanería Servicios Urgentes —dijo apuntándose la visera de la gorra, en la cual estaba rotulado el nombre comercial.

—¿Y qué?

—Vengo a realizar un servicio.

—¿Aquí?

—Si usted dice que es el señor Blocker, Glenn Blocker —añadió mirando una hoja de papel, amarilla, arrugada y sucia—, aquí debe ser. Según esta hoja, tengo que cambiarle los grifos del lavabo. Supongo que usted daría el aviso...

Glenn masculló un juramento.

—¡Demonios emplumados! ¿Sabe usted cuándo di el aviso? —gritó el agente irritado.

—No lo pone en la hoja —respondió mirándola otra vez.

—¡Hace ocho meses!

—Caramba, pues ha tenido usted suerte, señor Blocker. Ahora vengo de una casa donde avisaron hace catorce meses.

Glenn arrugó el entrecejo.

—¿Qué clase de avería tenían en esa casa?

—Se salía la bañera.

—¿Y han podido esperar catorce meses?

—Ha sido una suerte para ellos, señor Blocker, haber tenido paciencia.

—No me diga...

—Pues es verdad. Tenían la bañera en un sótano. Cuando he llegado yo, no han permitido que la reparase. Ahora tienen una piscina en lugar de una bañera. Se lanzan desde lo alto de la escalera y nadan como peces —soltó una carcajada.

El comentario jocoso del fontanero hizo que Glenn recuperase la sonrisa y el buen humor.

—¿Le cambio los grifos, señor Blocker?

—Los cambiaron ya, amigo. Lo de Servicios Urgentes parece una broma.

—Es que los fontaneros andamos muy escasos.

—No hace falta que me lo jure.

—En fin, si ya no necesita mis servicios, me largo con viento fresco. Tenemos cuatro mil doscientos trece avisos pendientes.

Glenn rio a mandíbula batiente.

—No se puede decir que estén al día...

—Ni al año tampoco, señor Blocker. Adiós.

—¡Espere un momento, amigo! —exclamó de pronto el agente.

El fontanero se volvió.

—¿Qué ocurre?

—Pase, por favor.

—Acaba usted de decirme que ya le han cambiado los grifos... —se sorprendió.

—Pero quiero proponerle algo.

El hombre entró en el apartamento y Glenn cerró la puerta. Después, el agente escrutó con calma al fontanero.

—Bien, bien, bien...

—Yo sólo arreglo las cosas que no lo están.

—¿Quiere ganarse veinticinco dólares?

—¿A quién tengo que matar?

—A nadie.

—Veinticinco dólares es mucha «pasta»...

—¿Sabe conducir?

—Yo digo que sí, aunque la Policía de Tráfico opina lo contrario. He tenido cuatro accidentes en menos de un año.

—Qué poco comprensivos...

—Eso.

—Verá, amigo. Quiero que se disfrace de Napoleón.

—¿De Napoleón...? —repitió estupefacto.

—De Napoleón.

—¿Dónde dan la fiesta?

—¿Qué fiesta?

—La de disfraces, naturalmente.

—No hay fiesta.

—¿Que no hay fiesta?

—¿Tengo que repetirle todas las cosas dos veces?

—Entiendo. Usted está loco y quiere que me vista de Napoleón y conquiste Rusia. Si no lo pudo lograr el auténtico, con sus poderosos ejércitos, ¿cómo voy a conseguirlo yo solo?

Glenn sonrió ampliamente.

—No estoy loco, amigo.

—Pues deje tranquilo a Napoleón Bonaparte. Buenas tardes.

Glenn sujetó al fontanero.

—Espere, hombre, y óigame primero.

—Suélteme o saco el soplete y le disimulo la boca —amenazó el de la gorra.

—¿Cómo?

—Soy un maestro en eso, señor Blocker. Los amigos me llaman Bevis el Soplelista.

—Pues escuche, Soplelista, soy agente del FBI —dijo Glenn, sacando su licencia y mostrándosela al fontanero.

Bevis lanzó un silbido de admiración.

—¡Qué tío! ¡Un agente del FBI auténtico!

—Totalmente.

—Perdone lo del soplete, agente Blocker. Sólo era una broma.

—Perdonado. Ahora, amigo, Bevis, vístase de Napoleón.

—¿Me acompañará Josefina?

—Irá solo.

—Qué lástima... Dicen los libros que Josefina era muy guapa.

Bevis se convirtió en Napoleón en pocos minutos.

Cuando se miró a un espejo, empezó a reír desaforadamente.

—¡Estoy bellissimo! —exclamó eufórico.

Glenn le colocó la barba y el bigote.

—¡Ya no sé quién soy! —gimió cariacontecido Bevis.

—Eso es lo que yo pretendo.

—¿Por qué?

—¿No ha visto en la acera a dos individuos de pie junto a un sedán azul?

—Sí...

—Me buscan. Y necesito despistarles.

—Comprendo. Yo seré el señuelo.

—Ahora bajará usted y se detendrá en el portal.

—Y ellos me coserán a balazos. ¡Ni hablar!

—No habrá balazos.

—Me cogerán prisionero y me torturarán.

—Tampoco. Sólo se limitarán a seguirle.

—¿Hasta dónde?

—Hasta donde usted quiera.

—Eso no lo entiendo.

Glenn le dio las llaves de su coche.

—Abajo hay un «Chevrolet» rojo.

—También lo he visto. ¡Qué cochazo!

—Cuando usted se detenga en el portal, los dos sujetos que me vigilan empezarán a reírse. No les haga caso.

—De mí no se ríe nadie.

—Suba en mi coche —continuó Glenn—, póngalo en marcha y no pare hasta que se le agote el carburante.

—¿Cuánto tiene?

—El depósito lleno.

—¡Me pasaré varias horas por ahí!

Glenn le ofreció los veinticinco dólares.

—Si todo sale bien, le daré otros veinticinco.

—¿Qué hará usted mientras, señor Blocker?

—Tengo que realizar una misión trascendental, Bevis. No puedo confiársela.

—Suerte, agente Blocker.

—Gracias, amigo. Ahora, en marcha.

El fontanero Napoleón salió del apartamento de Glenn silbando un twist.

Cuando llegó abajo y se asomó en el portal, Kendall y Wilde sufrieron otro ataque de risa.

—¡Soy el zar Alejandro I, Glenn! —se mofó el pelirrojo—. ¿Quieres echarme de Moscú?

—¿Te has escapado de Santa Elena, Glenn? —preguntó sarcásticamente Wilde.

Bevis se embutió más el gorro de oficial francés y dio unos pases de twist en plena acera.

Los transeúntes se detuvieron pasmados, porque no todos los días se veía a Napoleón bailando un twist por las calles de Washington.

Los dos agentes no podían sostenerse en pie.

Sin perder el ritmo, Bevis llegó hasta el «Chevrolet» y se introdujo en él, entre las risas de la concurrencia.

Casi al instante, el vehículo salió disparado.

Kendall y Wilde entraron en el sedán y arrancaron tras el «Chevrolet», convencidos de que bajo el ridículo disfraz de Napoleón se ocultaba el agente Glenn Blocker.

El helicóptero dejó de volar sobre el edificio y también persiguió al «Chevrolet» rojo.

Cinco minutos después, Glenn cruzaba el portal con gran serenidad. Llevaba puestas las ropas del fontanero, y se había ensuciado el rostro a propósito.

Con la caja de herramientas cargada a la espalda, anduvo un centenar de metros. Luego, subió a un taxi.

—Al aeropuerto, rápido.

El taxista obedeció diligente, y en pocos minutos, Glenn se encontró ante las mismas puertas del aeropuerto.

Entró en él.

Casi al momento, descubrió a dos agentes del FBI que, con gran disimulo, ojeaban a las personas que entraban en el aeropuerto.

Glenn, caminando encorvado, sacó un pañuelo y se sonó exageradamente. Las manchas, la gorra de fontanero con el letrero de Servicios Urgentes, y el pañuelo, hicieron posible que la pareja de agentes no reparasen en él.

Poco después, entraba en los lavabos.

Allí empezó a cavilar, pensando en la forma de alcanzar un avión sin ser descubierto.

No podía adquirir un pasaje con aquellas ropas, porque llamaría la atención. Y si se las quitaba, le descubrirían los agentes inmediatamente.

Sin haber logrado tomar una decisión, salió de los lavabos.

Entonces descubrió a un piloto pulcramente uniformado que estaba ante una máquina de cigarrillos echando unas monedas. Llevaba una bolsa de viaje en la izquierda.

Glenn se le acercó.

—Hola, Allen —le dijo muy bajo.

El piloto, un hombre joven, de aspecto distinguido, se volvió hacia Blocker.

—¿Me conoce, amigo? —preguntó extrañado.

—Demonios, pues claro. Soy Glenn Blocker.

—¡No!

—¡Chist! No alces la voz, Allen. Me vienen persiguiendo una docena de hombres.

—Pues avisa al FBI —sonrió el piloto.

—Déjate de bromas, Allen. ¿Dónde podemos hablar sin ser vistos ni oídos?

—Creo que sólo en los lavabos.

—Pues vamos allí. Entra tú primero, que yo te seguiré después.

Allen cruzó la puerta de los lavabos.

Glenn se reunió con él y dijo:

—Estoy en un aprieto, Allen. Necesito tomar un avión y salir de Washington esta misma noche. Cuanto antes, mejor.

—¿No has podido conseguir un pasaje?

—No puedo arriesgarme a sacarlo, Allen. Tengo que viajar de incógnito, sin que nadie me vea.

—Eso te resultará difícil...

—¿Tú vuelas esta noche?

—Sí, dentro de media hora.

—Méteme en tu avión, Allen. Seré el fontanero de a bordo.

—En los aviones no necesitamos fontaneros.

—Haz una excepción.

—Imposible, Glenn.

—Te prometo no molestar, Allen. Me sentaré en una de las cisternas de los servicios y no me moveré de allí.

—Los servicios suelen usarse bastante en un vuelo, Glenn... —observó con suma el piloto.

—Caramba, no se me había ocurrido. Pero tiene que haber alguna forma, Allen. La vida del presidente de Estados Unidos está en juego —mintió, para darle más emoción a la cosa.

El piloto respingó exageradamente y arrugó el ceño.

—¿De veras...?

—De veras, Allen.

—Quizá si te prestase un uniforme de piloto...

—¡Eso! Tú y yo tenemos una talla aproximada.

—Podrías esconderte en la cabina de mandos.

—¡Perfecto!

—Espérame aquí, Glenn. Volveré en pocos segundos.

—Gracias, Allen. Eres un buen amigo. El Gobierno necesita colaboraciones como la tuya.

—¡Viva el presidente! —exclamó el piloto.

—¡Viva! —respondió el agente.

Los dos amigos se fundieron en un abrazo emocionado.

Allen salió, para regresar poco después con un uniforme para Glenn.

Blocker se lo puso. Luego se lavó la cara y se peinó con cuidado, colocándose un bigote postizo. A continuación se caló la gorra hasta las orejas.

—¿Qué tal, Allen?

—Un piloto perfecto e inmaculado. Nadie pensará que eres Glenn Blocker.

La caja de las herramientas y las ropas del fontanero se quedaron en un rincón.

Ambos salieron de los lavabos y se reunieron con el resto de la tripulación.

Minutos más tarde, Allen, el copiloto, el radio y Blocker, subían a un «Boeing» por la entrada de proa.

Glenn ocupó un lugar en la cabina, junto al radio.

El enorme aparato despegó.

Blocker se sintió mucho mejor.

Cuando el avión se elevó a su normal altura, Allenladeó la cabeza y miró al agente:

—Lo conseguimos, Glenn.

—Gracias a ti. Allen. Nunca olvidaré este favor.

—Todo lo que sea por el bien de la nación...

—Ese es mi lema.

—Espero que a tu regreso de Florida puedas informarme del feliz resultado de tu misión.

Blocker dio un salto tan grande que casi se rompe la cabeza contra el techo de la cabina del «Boeing».

—¿De dónde has dicho, Allen? —balbuceó.

—De Florida, Glenn. Este avión aterrizará en Miami.

—¡No!

CAPÍTULO IV

BLOCKER cerró los ojos y empezó a estirarse las orejas con rabia.

—¡No, no, no! —gritaba sin cesar.

—¿Qué sucede, Glenn? —se alarmó Allen.

—¡No puedo ir a Miami, Allen! ¿Por qué no me lo dijiste antes de subir?

—Tú no me lo preguntaste, Glenn. Creí que ya conocías el destino del vuelo.

El agente se estaba poniendo ahora las mejillas coloradas a bofetones.

—¡Cambia el rumbo, Allen! ¡Dirígete a California!

—No puedo ir a California, Glenn.

—¡Pues a la India! ¡O a Italia! ¡A cualquier punto menos a Florida!

—Sosíégate, Glenn. Y comprende que no puedo hacerlo. Los pasajeros han pagado para ir a Miami.

—¡Sacaré mi pistola y te obligaré, Allen! ¡Secuestraré el aparato!

El piloto sonrió afablemente.

—Tú no harías nunca eso, Glenn.

—¡Maldita sea mi suegra! —exclamó Blocker, al borde del berrinche.

—No sabía que te habías casado, Glenn.

—¡No estoy casado!

—¿Y cómo tienes suegra sin estarlo?

—¡No tengo suegra! ¡La maldigo para cuando la tenga!

—Comprendo.

—¡Tú no comprendes nada!

—Yo no comprendo nada —repitió pacientemente Allen, dispuesto a no contradecir más al agente.

—¡Dame un paracaídas, Allen! ¡Me lanzaré ahora mismo!

—No puedes saltar, Glenn. Volamos a mucha altura.

—¡Dámelo y verás si no!

—¿Por qué no tratas de calmarte, Glenn? Tiene que haber otra solución más cuerda.

—¡Pegarme un tiro! —graznó Blocker.

Allen se desentendió de Glenn, viendo la inutilidad de sus consejos. Nada podía hacer ya por evitar que el agente del FBI fuese a parar al aeropuerto de Miami.

Blocker desgranó una sarta de imprecaciones. Tantas dificultades que había logrado superar para salir de Washington sin ser visto, y no le iba a servir de nada. Precisamente había subido en un avión que se dirigía a Florida. ¡Tan grande que era el mundo...!

Los minutos fueron transcurriendo.

La ira de Blocker fue cediendo poco a poco.

Empezó a ver las cosas de forma distinta. Bien pensado, nadie del Departamento sospecharía que se había dirigido a Florida, a las mismas fauces de la fiera. Seguramente le buscarían en todas partes menos allí.

Sonrió levemente.

No había sido idea suya dirigirse a Miami, pero ahora que ya no podía elegir, comenzó a darse cuenta de que era lo más genial que se le habría podido ocurrir.

Una vez en Miami, se alojaría en un hotel para turistas, dando un nombre falso. Y con unas grandes gafas de sol, bien oscuras, sería difícil que alguien le reconociese.

Miami, sus playas, sus bañistas... Florida era un ensueño.

Sí; se hallaba contento de poder pasar sus vacaciones en Miami.

* * *

Wilde y Kendall entraron en el despacho de Leslie Ross.

Llevaban, uno de cada brazo, al fontanero vestido de Napoleón.

Los dos agentes se veían muy sonrientes.

—¿Está el jefe, Leslie? —preguntó el pelirrojo.

—Sí, Vic.

—¿Cómo es que siendo ya tan tarde te encuentras aún en el Departamento, Leslie? —inquirió Wilde.

—Me voy mañana de vacaciones, Jesse, y el jefe quiere que antes lo deje todo bien claro, para que mi sustituta no se líe.

—Qué suerte la tuya, Leslie —comentó Kendall.

—Ya os tocará también el turno a vosotros.

—No sé, no sé... —dijo Wilde—. Lo que sí sabemos es que Glenn Blocker no podrá disfrutar las suyas.

Los dos agentes rieron fuertemente.

El fontanero, para no ser menos, unió su risa a la de Kendall y Wilde.

—Pero si Glenn se ha ido ya... —observó Leslie.

—¿No te has enterado del trato que pactó con el jefe? —preguntó el rubio sin dejar de reír.

—Sí...

—¡Pues ya lo hemos cazado! —exclamó Kendall.

—¿Tan pronto...? —se sorprendió la morena, que creía más inteligente a Blocker.

—¡Aquí te presento a Glenn Blocker, alias Napoleón Bonaparte! —rio estridentemente Wilde.

Leslie se puso en pie de un salto.

—¿Ese barbudo loco es Glenn? —inquirió pestañeando mucho.

—¡Más respeto, señorita! —se enfadó Bevis—. Soy fontanero especializado.

Kendall y Wilde recrudecieron las carcajadas.

—Se ha empeñado en negar que es él, Leslie —aclaró el pelirrojo—. Le ha dado por decir que es fontanero y que se llama Bevis. Desde que le hemos atrapado no habla de otra cosa.

—Soy fontanero y me llamo Bevis —dijo el del disfraz, para darle la razón a Kendall.

—No parece su voz... —expuso Leslie.

—Blocker imita muy bien cualquier tono de voz —repuso Wilde.

—¿Quieres decirle al jefe que estamos aquí? —preguntó Kendall.

—Sí.

Leslie salió de detrás de su mesa y se aproximó a la puerta del despacho de Shaw Morris. La entreabrió.

—Los agentes Wilde y Kendall desean hablar con usted, señor Morris.

—¡Que pasen, señorita Ross! —respondió con voz rebosante de alegría el jefe del Departamento.

Ella abrió la puerta de par en par.

—Adelante, muchachos.

Kendall y Wilde empujaron a Bevis hacia el despacho de Morris.

Tan pronto como pasaron por delante de Leslie, ésta le sacudió una feroz patada a la pantorrilla izquierda del fontanero.

Bevis lanzó un grito, mientras encogía la «cañería» dañada. Creyó que el golpe se lo había propinado Kendall y al instante le pateó el tobillo derecho al pelirrojo.

Leslie se dio mucha prisa en cerrar la puerta.

Kendall escupió una palabrota.

—¡Si me vuelves a pegar te hundo un riñón! —amenazó, mirando con indignación a Bevis.

—Si tuviera un soplete no te atreverías ni a toserme —retrucó el fontanero.

—¡Otra vez con la manía de que es fontanero! —exclamó Wilde mirando a su jefe.

—Acercaos, muchachos —ordenó sonriente Morris.

Los tres personajes se acercaron a la mesa de Shaw Morris.

—Pocas horas has tardado en caer, Blocker... —dijo el jefe con jactancia.

—Yo no soy Blocker.

—¿Ah, no? —se mofó Morris.

—Me llamo Bevis y soy fontanero.

—Claro, claro... —y luego el jefe soltó una risotada—. ¿Cómo demonios pensabas pasar inadvertido con ese llamativo disfraz de Napoleón? ¡Y con barba además!

—Tuercas —respondió tranquilamente Bevis.

—¿Qué? —preguntó sin comprender el jefe.

—Tornillos.

—¿Tornillos...?

—No se moleste, jefe —intervino Kendall—. Blocker no admite su fracaso. Cuando no le convienen las preguntas, se sale por peteneras.

—Ya lo veo, ya...

—¿Por qué no dejamos de una vez la farsa, Glenn? —le preguntó Wilde al fontanero.

—Plomo.

Wilde apretó las mandíbulas.

—¡Plomo el que te voy a dar yo a ti! —se enfureció el rubio.

—Arráncale la barba y el bigote, Kendall —ordenó Morris.

—En seguida, jefe.

El pelirrojo dio un tirón a la masa de pelos.

Bevis gimió, porque Blocker le había pegado la barba y el bigote a conciencia. Por eso Kendall casi le despegó el rostro.

Las caras de Morris, Kendall y Wilde se llenaron de estupefacción.

El primero en sobreponerse fue el jefe del Departamento.

—¡Maldita sea! —rugió frenético poniéndose en pie—. ¿Quién diablos es usted?

—Luego no digan que me pongo pesado. Me llamo Bevis y soy fontanero especializado.

El pelirrojo Kendall tenía los ojos en blanco y boqueaba como un pez.

Wilde enarcó exageradamente las cejas y torció la boca.

Morris descargó un puñetazo sobre la mesa, haciéndola crujir.

Tres lápices, dos bolígrafos y una pluma estilográfica saltaron por los aires.

—¡Pareja de inútiles! —bufó próximo al paroxismo, mirando con ojos destellantes a los dos agentes burlados.

Kendall carraspeó embarazosamente.

—Creíamos que era Blocker, jefe... —quiso disculparse.

—¡Creíamos, creíamos, creíamos...! —repitió, sacudiendo el cabezón.

—Estábamos seguros, jefe —dijo tímidamente Wilde.

Morris levantó los brazos y lanzó un grito tarzanesco.

Kendall y Wilde dieron un paso atrás instintivamente.

Bevis se estaba mondando de risa.

—¿Seguros dices, estúpido? ¡Ya veo la seguridad! —bramó Morris.

—¿Cómo íbamos a saber que...? —trató de aclarar Kendall.

Morris pegó una dentellada al aire, como un león hambriento.

—Utilizó varios disfraces, jefe —dijo Wilde—, y siempre le descubrimos. Se vistió de clérigo, de centurión romano, de payaso, de árabe, de Supermán... Siempre con la misma barba y el mismo bigote. Por eso, cuando salió este Napoleón —miró con desprecio a Bevis—, pensamos que era Glenn Blocker.

—¿De qué se ríe usted? —le chilló Morris al fontanero.

—De lo astuto que es el agente Blocker. Vaya chasco el de ustedes, ¿eh?

—¡Esto le puede costar vivir en prisión el resto de su vida!

—No es ningún delito ayudar a un agente del FBI. ¡Vamos, digo yo!

—¿Olvida que nosotros también somos del FBI?

—No, señor. Igualmente les hubiese ayudado a ustedes si me lo hubieran pedido. Soy un buen ciudadano.

Morris se dejó caer pesadamente en su sillón.

—¿Puedo marcharme ya, señor? —preguntó Bevis.

—¡No!

—Waterloo me espera, señor —dijo abombando el pecho.

Morris rezongó una maldición.

—¡Otra broma más y pierde su libertad!

—No más bromas, señor.

Morris se acarició el cacho de barbilla, mirando a la nada.

—Quizá podríamos... —quiso opinar Kendall.

—¡Tú te callas!

—Yo me callo, jefe.

—Yo también me callo, jefe —terció Wilde.

Morris le dirigió una ceñuda mirada al rubio.

—¿Quién te ha pedido que hables?

—Nadie, jefe.

—¡Pues que no te oiga ni respirar!

—Si no respiro me ahogaré...

—No se perdería mucho —espetó Morris. Luego miró al fontanero—. ¿Qué plan preparó con usted el agente Blocker?

—¿Plan? Ninguno, señor. Yo fui a su apartamento porque él dio hace algún tiempo un aviso para que fuéramos a cambiarle los grifos del lavabo. Me pidió que me disfrazase de Napoleón, para despistar a dos individuos que aguardaban su salida en la acera del edificio. Me dio las llaves de su coche y me rogó que diera vueltas por la ciudad, hasta que se agotase el carburante del depósito. Pero estos dos —señaló a Kendall y a Wilde— no tuvieron paciencia. Dos horas después de poner en marcha el vehículo me obligaron a parar, y se empeñaron en traerme aquí. De nada sirvió decirles que yo no era el agente Blocker. Todo se lo tomaban a risa, y me daban la razón como a un loco.

—Con que se lo tomaban a risa, ¿eh? —enseñó los colmillos.

—Sí, señor.

—Compréndalo, jefe... —dijo Kendall.

—¡Lo único que comprendo es que sois dos mequetrefes!

—No se preocupe, jefe; le encontraremos —dijo muy seguro Wilde.

—¿Dónde, muchacho? —sonrió Morris desdeñosamente.

—En algún lugar estará...

—De los cinco continentes. Con eso no descubres la pólvora.

—Quizá aún se encuentre en la ciudad... —medió Kendall.

—No seas necio. Ya debe estar a muchos kilómetros de aquí.

—Le seguiremos la pista y le atraparemos.

—¿Puedo saber cómo vais a descubrir su pista? —se burló sin tapujos Morris.

—Revisaremos todas las listas de pasajeros de los vuelos de esta noche —continuó el pelirrojo.

—¿Por qué supones tú que ha tomado un avión?

—Porque es lo más rápido.

—Blocker es muy listo. Pudo tomar el tren, el autobús, alquilar un coche... Además, puede que haya dado un nombre falso. No servirá de nada revisar las listas. Nuestra oportunidad estaba en no dejarle salir de Washington. Si lo ha logrado, y yo no lo dudo ya, resultará imposible hallar su paradero antes de una semana. Se

ganará los quinientos dólares y los dos meses de vacaciones —dijo acongojado.

—¿No había agentes vigilando el aeropuerto? —preguntó Wilde.

—Claro. Y la estación de ferrocarriles, las líneas de autobuses... Pero si se os ha escabullido a vosotros en vuestras propias narices, ¿cómo no iba a lograrlo con los demás, que ni siquiera sabían de qué iba disfrazado?

—Apuesto a que de fontanero —intervino Bevis.

Los tres miraron al Napoleón.

—¡Puede ser una pista, jefe! —exclamó Kendall.

—A estas horas ya debe haber abandonado ese disfraz, en el supuesto de que lo haya usado —comentó Morris.

—Pero en algún lugar lo habrá dejado. Desde allí podremos iniciar las pesquisas —añadió Wilde.

Shaw Morris permaneció pensativo unos segundos.

—Hablaré con el teniente Pavan —dijo descolgando el auricular—. Póngame con la policía local, señorita Ross —ordenó por el teléfono a su secretaria.

Momentos después, Morris dialogaba con el teniente Pavan.

—Soy Morris... Bien, Pavan, bien... Sí, ya pasaré por tu casa un día de éstos... Oye, quisiera preguntarte algo... Ando buscando un mono de fontanero...

—Y una caja de herramientas —recordó Bevis.

—Y una caja de herramientas —repitió Morris por el auricular—. Lo ha utilizado uno de mis agentes para... ¿Cómo? ¿Que lo habéis localizado en los lavabos del aeropuerto?

Kendall, Wilde y Bevis respingaron al mismo tiempo que Morris.

El jefe continuó hablando unos segundos más con el teniente Pavan. Luego cortó la comunicación.

—Cuente, jefe —apremió el pelirrojo.

—Un policía encontró las ropas y las herramientas en un rincón de los lavabos. Guiado por el rótulo de la gorra, lo llevó todo a la fontanería Servicios Urgentes.

—La mía —dijo orgulloso Bevis.

—Allí las reconocieron como pertenecientes a uno de sus empleados —continuó Morris, sin hacerle caso al fontanero—. Un tal Bevis.

—Servidor de ustedes —admitió el Napoleón.

—Pues le van a poner de vuelta y media cuando regrese a la fontanería.

—Cuando sepan que he colaborado con un agente del FBI, puede que hasta me aumenten el sueldo.

Kendall estuvo tentado de soltarle un derechazo.

—¿Puedo marcharme ya? —agregó Bevis.

—¿No le importa ir por las calles de la ciudad vestido de un modo tan ridículo?

—No, señor. Me gusta la popularidad —sonrió el fontanero.

—¡Largo de aquí, Bevis! Y procure que no me vea obligado a meterle mano algún día, porque entonces...

—¡Viva Francia! ¡Viva París! ¡Soy Napoleón! —y echó a correr, alcanzó la puerta, y desapareció por ella como una exhalación.

Cuando Leslie le vio salir, se llevó una gran sorpresa al comprobar que no era Glenn Blocker.

Afortunadamente para ella, Bevis no pudo saber que la patada a la pantorrilla se la soltó la morena. Se quitó el gorro e hizo una reverencia muy francesa. Luego salió disparado, sin dejar de vociferar hechos y personajes de la época napoleónica.

En el despacho de Morris, Kendall decía:

—Por lo menos sabemos que Blocker se ha esfumado en avión...

—Sí, pero ¿adónde? —interrogó decaído el jefe.

—Habrá que ver primero los vuelos que se han realizado hoy desde las siete de la tarde en adelante —sugirió Wilde.

—Habrán sido muchos... —dijo pesimista Morris.

—Menos da una piedra —soltó el pelirrojo.

—Tratad de averiguarlo, muchachos, porque si no dais con Glenn Blocker antes de siete días... —Morris se detuvo a propósito, mirando extrañamente a la pareja.

—¿Qué jefe? —quiso saber el rubio.

—¡Vosotros iréis a Florida! —añadió Morris con voz de trueno.

CAPÍTULO V

MIKE CRAWFORD debía andar por los treinta y ocho años.

Era un hombre de fuerte complexión, buena talla y rostro de facciones correctas, muy moreno.

Se encontraba en una de las múltiples terrazas individuales pertenecientes al hotel La Brisa del Atlántico, Uno de los más lujosos de Miami. Tan sólo se cubría con un bañador y estaba tumbado en una comodísima hamaca metálica.

Desde allí podía contemplar perfectamente las evoluciones de los bañistas que se remojaban abajo, en la piscina del hotel, o de los que, recostados en el mullido y bien cuidado césped, bien en hamacas, o bien sobre la propia hierba, se estaban poniendo como africanos de tanto tomar el sol.

A unos cincuenta metros escasos de la piscina se hallaba una magnífica playa, que reservada y acotada por los propietarios del hotel, servía para los clientes que preferían el agua salada a la dulce, o a la arena a la hierba.

En aquella época del año, todos los hoteles de la ciudad estaban a rebosar, y La Brisa del Atlántico no era una excepción, porque estaba abarrotado de clientes.

Desde la terraza de su habitación, ubicada en la segunda planta, Mike Crawford curioseaba, valiéndose de unos buenos prismáticos, todos los ejemplares femeninos que, en insignificantes y atrevidos bikinis, se exhibían por abajo.

—Qué tigresa acaba de lanzarse en este momento a la piscina —comentó regocijado.

—¿Ya no te gusto yo, Mike? —preguntó con melancolía una

escalofriante pelirroja que se encontraba acostada boca abajo, en una toalla playera de vivos colores. Lucía un proyecto de bikini rojo (lo lucía todo menos el bikini) que era una maravilla, y estaba junto a la hamaca de Crawford.

Mike Crawford dejó los prismáticos en el suelo y miró a la primorosa pelirroja.

—De sobra sabes que sí, Priscilla.

Ella se incorporó un poco, de cintura para arriba, y sonrió maliciosamente.

—Entonces, ¿por qué te entusiasmas mirando a las otras?

Crawford era capaz de resistir muchas tentaciones, porque era un experto en faldas; pero cuando Priscilla le sonreía de aquella forma, toda su experiencia se iba al garete.

Le echó los brazos encima y la atrajo hacia sí, besándola con desmedida ansiedad.

La pelirroja se convirtió de pronto en el más eficaz de los pegamentos, fundiéndose casi entre los brazos de Crawford, y le devolvió los besos con una bonificación del cincuenta por ciento.

—¿Sigues dudando de que me atraes como ninguna? —murmuró él, acariciándole la fina piel de la espalda.

—Cuando me besas así, no. Pero hay otros momentos en que lo dudo —recreó dulcemente.

—No soy de hierro, Priscilla...

—Tonterías. Eres el hombre más fuerte y más apuesto que jamás conocí.

—Tú hubieras sido capaz de acabar con el mismísimo Aquiles sin necesidad de rozarle el talón. Y apuesto a que te hubiese bastado con una semana.

—Qué simpático eres... —sonrió coquetamente.

Crawford la volvió a besar, sintiendo que la sangre le subía y bajaba por las venas a gran velocidad.

Un sujeto musculoso entró muy deprisa. Tenía en el rostro más agujeros que un paisaje lunar.

—¡Malas noticias, jefe! —exclamó cuando se detuvo junto a la hamaca metálica.

Crawford siguió con la insuperable pelirroja.

—¡Tengo algo urgente que decirle, jefe! —insistió el tipo,

rascándose uno de los cráteres de la mejilla derecha.

Crawford y Priscilla parecían haberse quedado sordos y ciegos de golpe y porrazo.

El individuo de sana musculatura tenía poca paciencia. Se acercó a la toalla que sostenía menos de medio cuerpo de la pelirroja, y le hizo cosquillas en las plantas de los pies.

Priscilla gritó y pateó al mismo tiempo, librándose con su convulsiva sacudida de los brazos de Crawford.

—¡Eres un atrevido, Duke! —chilló resentida la pelirroja.

—Pues anda, que si yo soy un atrevido por tocarte las plantas de los pies, qué será el jefe...

—¡No seas impertinente, Duke! —reprendió Crawford, irritado también—. ¿Qué ocurre?

Duke recogió los prismáticos del suelo y se los entregó a Crawford, diciendo:

—Mire con esto, jefe. A unos cinco metros a la izquierda del trampolín.

Mike Crawford enfocó el punto señalado por su subordinado.

—¿Qué es lo que ve, jefe?

—Una morena apetitosa, Duke... Pero Priscilla no tiene nada que envidiarle. No debiste interrumpimos por una tontería semejante.

La pelirroja sonrió con orgullo, halagada por las palabras de su última conquista.

Sin embargo, y a pesar de que Crawford calificó aquello de una «tontería», no dejaba de observar a la deslumbrante morena que se hallaba semidesnuda sobre el césped, muy cerca del trampolín.

—¿Y qué es lo que hay junto a ese prodigio de cabellos negros? —volvió a preguntar Duke.

Crawford movió un poco los prismáticos.

—Una rubia que tiene posibilidades de llegar a ser «Miss América», entre otras muchas cosas.

—¡Demonios, jefe, que siempre está usted pensando en lo mismo!

—Tú me has pedido que mirara, Duke... —replicó Crawford, con los ojos pegados materialmente a los gruesos cristales de aumento, observando a la rubia.

Priscilla esbozó una mueca de disgusto.

Duke pegó una patada elephantil sobre el suelo de la terraza.

—Cuando desee bajar a la piscina utilizaré las escaleras, Duke —ironizó Crawford.

—¡Mire entre la morena y la rubia, jefe! —rugió Duke—. ¡Y no se detenga en ninguna hembra, sino en el hombre que está entre ellas, mirándolas con ojos como puños!

Crawford obedeció.

—Ya lo veo, Duke. Es un hombre atractivo. Pero ya deberías saber que a mí no me interesan los hombres —y volvió a enfocar a la rubia.

—¡Es Glenn Blocker, jefe! ¡Un agente del FBI, llegado de Washington!

Crawford tardó menos de un segundo en enfocar de nuevo al hombre indicado por Duke.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que mi madre es soltera.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Que mi madre es soltera? Muy sencillo, jefe. Un fulano que estaba...

—No seas animal, Duke. Me refiero al agente del FBI.

Priscilla soltó una risita pueril.

—Le vi una vez, estando en Washington. Un amigo me lo dijo. Es uno de los mejores agentes del Departamento Central.

—¿Qué puede estar haciendo aquí? —continuaba observando a Glenn Blocker.

—No sea torpe, jefe —sonrió Duke.

Crawford separó sus órganos visuales de los prismáticos y miró duramente a su empleado.

—¿Qué has dicho, Duke? —preguntó con frialdad.

El de los socavones en el rostro tosió nerviosamente.

—Yo, nada, jefe.

—Me pareció oír algo de «torpe»...

—Algún eco lejano. Yo no he abierto la boca.

La pelirroja Priscilla no podía contenerse la risa.

—¿Qué puede estar haciendo aquí ese Blocker? —repitió la

pregunta Crawford.

—El FBI nos busca, jefe.

—Pero no nos encuentra.

—Blocker nos encontró. Y no es ningún odontólogo.

—Como se te escape otra frase jocosa te despido, Duke.

—Lo tendré presente, jefe.

—¿Tú crees que está aquí por nuestra causa?

—No lo puedo afirmar, jefe. Pero ya resulta sospechoso que se haya registrado en este hotel con un nombre falso.

—¿Ah, sí?

—Se hace llamar Ken Lenox.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Antes de subir me crucé con él. Le reconocí al instante. El conserje me ha facilitado algunos datos. Blocker llegó hace dos días, sin equipaje, vestido de piloto. Aquí se ha comprado algunas cosas.

—¡Qué interesante...!

—A mí no me gusta nada que ese Blocker esté a un tiro de piedra de nosotros.

—Quizá sólo esté en Miami de vacaciones.

—Apuesto a que no.

—Tú serías capaz de descorazonar con tus palabras al propio Ricardo Corazón de León.

—No podemos arriesgarnos, jefe. Ante la duda...

—Resulta peligroso liquidar a un agente del FBI, Duke.

—Resulta molesto pasarse el resto de la vida en un inmundito penal —espetó el matón—. El tráfico de drogas no es cualquier cosa.

Priscilla se había apoderado de los prismáticos y contemplaba con calma al agente del FBI.

—Es muy guapo... —comentó con cálida voz.

—¿Quién? —inquirió Crawford.

—Ese agente de quien estáis hablando.

Crawford lanzó una carcajada y dijo:

—Ya está, Duke. Se lo dejamos unos días a Priscilla y ella se ocupará de que el cuerpo de Blocker descanse en el cementerio de

Miami.

—No es momento para bromas, jefe. Linder y yo nos encargaremos de él.

—¿Quieres matarle?

—Puede que no sea necesario. Le romperemos algunos huesos y en paz. Si él no nos obliga, no tocaremos las «escupideras» —Duke siempre llamaba así a las pistolas.

—Me parece bien, Duke. Blocker se pasa unos meses en el hospital y nosotros seguimos trabajando con entera tranquilidad.

—Voy a avisar a Linder.

—Que no haya testigos, Duke.

—Descuide, jefe. Le sorprenderemos en su habitación.

Duke salió de la terraza, cruzó el salón y salió al corredor, cerrando con fuerza la puerta.

Crawford se encaró con la pelirroja.

—¿Dónde estábamos, Priscilla? —le preguntó, ciñéndole la desnuda cintura.

Ella se le volvió a pegar como una lapa.

—En el cuarto beso, Mike...

—Pues vamos con el siguiente. Un viejo refrán dice que no hay quinto malo.

—Ni sexto, ni séptimo, ni...

La despampanante pelirroja no pudo seguir la cuenta. Los labios de Mike Crawford se lo impidieron.

* * *

Glenn Blocker se encontraba en bañador, tumbado boca abajo sobre la arena de la playa del hotel.

El sol, a últimas horas de la tarde, ya no calentaba tanto y se podía soportar mejor.

Divisó a dos mujeres esculturales que avanzaban contoneándose hacia él, con bikinis «último tamaño».

Las dos féminas pasaron rozándole casi con los pies y le dedicaron una sonrisa picarona.

Glenn decidió volverse, para poder observarlas más tiempo.

Ellas, girando la cabeza de cuando en cuando, llegaron hasta la orilla y luego se adentraron en el mar, entre saltito y saltito.

Blocker se dijo que había que tomar las cosas con calma. Si tenía que liarse con todas las hembras atractivas que se le insinuasen, apañado estaba.

Sonrió. Buscó en el interior de una bolsa de plástico que tenía junto a él y sacó un cigarrillo, encendiéndolo después.

El cigarrillo le cayó sobre la arena casi al momento.

De las aguas salía una morena de cuerpo perfecto, con un bikini amarillo que parecía decir: «Ahí queda eso».

Con todo, no fue esto lo que dejó atónito al agente, sino el reconocer a la turbadora bañista.

¡Era Leslie Ross, la secretaria del ogro!

Glenn se acostó rápido, escondiendo el rostro entre los brazos, pero espiando por debajo de uno de ellos.

Vio que Leslie se detenía a unos quince metros de donde él se hallaba.

La joven empezó a secarse con una toalla, de espaldas al agente.

Blocker aprovechó la circunstancia para sacar de la bolsa unas enormes gafas de sol que se colocó al instante. Luego se pegó en el mentón una barbita de chivo y se embutió un gorro de goma, para esconder el pelo.

Así, dio la cara a la morena.

Ella continuaba secándose el cuerpo.

Cuando finalizó esta tarea, se colocó una bata corta de tela de toalla, cuyo cinturón dejó sin atar, y unas zapatillas. Recogió su bolsa de bañista y dio la vuelta, caminando hacia el hotel.

Por obligación tenía que pasar muy cerca de Blocker, a menos que se desviase a propósito.

Pero Leslie no se desvió.

Glenn, que ya se había enfundado la camisa, y calzado las zapatillas, atrapó su bolsa y justo cuando la morena llegaba a su altura, embistió contra ella.

Leslie lanzó un chillido y cayó aparatosamente sobre la arena.

Blocker fingió trastabillar, hasta que por fin, cayó de rodillas y perdió la bolsa.

—¿Es que no tiene ojos en la cara? —le gritó ella encorajinada, mientras se ponía en pie.

—Perdón, señorita —respondió Glenn alzándose, pero

alargando los brazos exageradamente—. Tengo ojos, desde luego, pero actualmente no me sirven de nada.

Blocker empleaba un acento distinto de voz, para que Leslie no le reconociese.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! Discúlpeme, señor, no sabía que...

—No tiene por qué disculparse, señorita. La culpa fue mía, por ser un inútil. Si no estuviese ciego...

—No diga eso, por favor... —rogó apenada Leslie.

—¿Le he causado algún daño, señorita?

—No, no... ¿Y usted?

—Tampoco. ¿Quiere alcanzarme la bolsa, por favor? Debe haber caído cerca.

Ella se apresuró a recogerla.

—Aquí tiene, señor.

—Gracias, señorita. Soy Ken Lenox, para servirla. Bueno, para poco le puedo servir... —dijo tristemente Glenn.

Leslie sintió una profunda pena por el hombre de la barbita de chivo.

—Yo me llamo Leslie Ross, y soy de Washington capital. Me encuentro en Miami pasando mis vacaciones.

Estas palabras tranquilizaron mucho a Glenn.

—Encantado, señorita Ross —le alargó la derecha y le tocó el estómago a propósito—. ¡Oh! No debí permitirme... —se disculpó, retirando la mano.

—No tiene importancia, señor Lenox —le respondió con amabilidad Leslie, y luego le buscó la derecha y se la estrechó.

—Es usted muy comprensiva, señorita Ross.

—¿Puedo ayudarle de alguna forma?

—No quisiera molestarla... —se hizo el remolón Glenn.

—No será ninguna molestia, señor Lenox. Al contrario, un verdadero placer.

—La Humanidad necesita personas como usted.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Se me ha escapado el perro... ¿Podría usted acompañarme hasta el hotel? Allí ya le pediré a un botones que me conduzca hasta mi habitación.

—Con mucho gusto le acompañaré hasta su propia habitación.

—Qué amable es usted.

Leslie le cogió de un brazo.

—Vamos, señor Lenox. De algún modo debo pagarle mi torpeza.

—Le repito que la culpa fue mía.

—Yo digo que fue mía.

Los dos rieron a un tiempo.

Al pasar junto a una rubia bikinera, Glenn le echó una palmada disimulada al trasero.

La rubia se revolvió, alzando una mano.

—¡Es un ciego! —dijo enseguida Leslie.

—¿Qué ha sucedido, señorita Ross? He tropezado con alguien, ¿verdad?

—No ha sido nada, señor Lenox —y se lo llevó a tirones, para que la enojada rubia no la emprendiera a bofetones con él.

Glenn hacía supremos esfuerzos para no echarse a reír.

Leslie le condujo hasta el vestíbulo del hotel.

—¿En qué planta tiene sus habitaciones, señor Lenox?

—En la cuarta.

—Tomaremos el ascensor.

—¡No! Prefiero las escaleras —dijo él, recordando que el ascensorista le conocía y podría estropearlo todo.

Y se lo estaba pasando demasiado bien para arriesgarse a estropearlo.

Leslie quedó sorprendida.

—¿Cuatro plantas y prefiere las escaleras?

—El ejercicio físico es sano, señorita Ross. Pero si usted no desea cansarse, llamaré a un botones.

—Lo decía por usted, señor Lenox. A mí me encantan las escaleras.

—Pues dígame cuándo es su cumpleaños y le regalaré unas.

Leslie rio el chiste del barbitas.

—Tiene usted sentido del humor, señor Lenox. Eso es muy importante.

—¿Porque estoy ciego?

—¡No! —respondió rápida—. Para todo el mundo es bueno. El

humor da energía, vida, vitalidad... Los agrios de carácter no saben lo que se pierden.

—Comparto su opinión, señorita Ross.

Hablando alegremente llegaron hasta la cuarta planta.

—¿Cuál es su número, señor Lenox?

—La 212.

—Casi estamos ya.

Se detuvieron ante la puerta de la habitación de Glenn.

—Está frente a la 212, señor Lenox.

—Gracias por todo, -señorita.

—No las merezco.

—¿Me permite que la invite a tomar una copa? —preguntó el agente, mirando al techo—. Aunque le advierto que tendrá que servírsela usted —sonrió a continuación.

A Leslie le faltó valor para negarse.

—Acepto, señor Lenox.

Entraron en la habitación, deteniéndose en el acogedor salón, desde el cual se salía a la terraza o se pasaba al dormitorio.

—Acompáñeme al diván, por favor —pidió Glenn.

La morena le llevó hasta él.

—Prepare dos bebidas de la clase que prefiera —autorizó Blocker, sentándose.

—¿Le va bien el whisky? —inquirió acercándose al mueble bar.

—Como usted guste, señorita Ross.

Mientras Leslie preparaba las bebidas, Glenn la contempló desde la cabeza a los pies.

La morena, convencida de que el barbas ciego, no se preocupaba en pensar si se agachaba provocativamente o no, puesto que era como estar sola. Él no la podía ver.

Pero vaya si él la veía...

Leslie se le acercó con los vasos y le ofreció uno, acomodándose en el diván, a su lado.

—¿Por qué brindamos, señorita Ross?

—¿Le parece bien por nuestra amistad?

—Magnífico.

Tras el brindis, sorbieron un poco de whisky.

—¿Tiene usted alguna ocupación, señor Lenox?

—Antes del accidente era piloto. Ahora, y gracias a un oriental que conocí en la clínica donde me atendieron, me gano la vida adivinando cosas.

—¿Adivinando cosas? —preguntó extrañada Leslie.

—Sí. Puedo conocer el pasado de las personas, el presente, y en algunos casos, hasta el futuro...

Ni el propio Glenn Blocker sabía de dónde se sacaba tantos embustes.

Leslie cruzó las piernas y Glenn se las admiró por debajo de las gafas.

—¿De verdad se puede conocer eso?

—¿Usted no lo cree?

—Francamente..., no. Eso de leer en las líneas de la mano o en los ojos está ya muy visto. Todos sabemos que no es posible adivinar el pensamiento ni los acontecimientos.

Los labios de Blocker se distendieron en una sonrisa.

—Yo no leo en esas cosas, señorita Ross.

—Tiene una bola de cristal, ¿eh?

—No.

—¿Entonces?

—Me limito a decir en voz alta, los mensajes que me llegan a través de los golpes de la sangre en las arterias de las personas que quieren consultarme.

Leslie elevó las cejas.

—Eso aún lo comprendo menos... —farfulló algo asustada.

—¿Me permite que le tome una mano?

—¿Para hacerme una demostración?

—Sólo hasta donde usted quiera saber.

—¿No será una experiencia peligrosa?

—Desde luego que no.

—Pues entonces... adelante —y le alargó la mano.

Glenn pasó la suya por un lado y la descansó sobre los muslos de ella. Tanteó un poco y la retiró al momento.

—¿Dónde está su mano, señorita Ross? —se fingió nervioso.

Leslie sonrió.

—Aquí la tiene, señor Lenox.

Glenn esperó a que ella dejara su mano entre la suya.

Luego, la estrechó suavemente.

Permaneció así casi un minuto, sin decir nada.

—Primero su pasado reciente, señorita Ross. Trabaja usted en el Departamento Central del FBI, en Washington, como secretaria de un tal... Shaw Morris, un sujeto de carácter rabioso y enojadizo.

Leslie bizqueó los ojos y empezó a temblar como un flan.

—¡Es... cierto!

—Sus venas me dicen también que ahora está... —se detuvo.

—¿Estoy qué, señor Lenox?

—Enamorada.

—¡Ay! —exclamó al segundo.

—Lo veo muy claro, aunque esto parezca, en labios de un ciego, un contrasentido.

—No es posible... —musitó, con el rostro como la púrpura.

—No puede haber error, señorita.

—Y... ¿de quién... estoy... enamorada?

—De un joven llamado Glenn...

—¡No! —interrumpió, soltándose de él.

—Glenn Blocker —completó el agente, sintiéndose desguazar interiormente de risa.

—¡Jamás!

—¿Jamás, qué?

—¡Que no! —se puso en pie y paseó nerviosa por el salón.

—Créame que no la entiendo, señorita Ross...

—¡Ese Glenn Blocker es un hombre lleno de soberbia, orgullo y envanecimiento! Si usted supiera lo que me hizo...

—Deme otra vez la mano y lo sabré.

—Prefiero decírselo yo.

—¿Qué le hizo, señorita Ross?

—Me abrazó y me besó a la fuerza, sin mi consentimiento.

—¿Por qué no consintió usted? Si le quiere, no veo la razón para negarse. El amor es lo más maravilloso del mundo.

—¡Pero él no me quiere a mí!

—¿Está segura?

—A ese Glenn Blocker le gustan todas.

—¿Confiesa pues que usted sí le quiere?

Leslie miró al supuesto ciego. Después volvió a sentarse junto a él. Le cogió otra vez la mano.

—Sí, señor Lenox... Estoy muy enamorada de ese tipo.

Lo de «tipo» le hizo poca gracia a Glenn.

—Entonces... ¿por qué le mintió, diciéndole que estaba comprometida con un industrial, con el que estaba dispuesta a casarse?

Los ojos de la morena se empequeñecieron.

—¿También... también... sabe eso?

—Me lo están diciendo sus arterias. Tengo su mano entre la mía.

—Verá, señor Lenox... Ese individuo está acostumbrado a que todas las chicas se lo rifen. Y yo no quiero ser una de tantas.

—Pero quizá él solamente la quiera a usted...

—¿Está seguro, señor Lenox? —preguntó con ansiedad.

—Para estarlo tendría que tener la mano de Glenn Blocker entre la mía...

—Comprendo.

—Pero siendo usted tan bonita, lo lógico es que él la quiera.

Leslie respingó cómicamente.

—Oiga, señor Lenox..., ¿cómo sabe usted que soy bonita?

Glenn carraspeó exageradamente.

—Por... el perfume.

—¿Por el perfume...?

—Sí. No puedo ver a las personas, pero las huelo. Y usted huele muy bien, señorita Ross. Tiene que ser bonita si huele así.

—Es usted un hombre extraño, señor Lenox...

—Y usted está como un avión de bien, señorita Ross.

—¿Cómo...?

Glenn estaba buscando una excusa apropiada para disculparse de aquella barbaridad que se le había escapado sin saber cómo, cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe, dando paso a dos fulanos de fiera catadura.

Uno de ellos dijo:

—Buenas tardes, agente Blocker.

CAPÍTULO VI

EL sujeto que había saludado con guasa a Glenn, era Duke.

El que acompañaba al del rostro taladrado era Linder, otro gorila a las órdenes de Mike Crawford. Tenía cara de escarabajo pelotero y sonreía desagradablemente.

La morena Leslie se quedó en estatua.

Glenn, totalmente paralizado.

—¡Glenn Blocker! —balbució ella más tarde.

—No sé de quién hablan, muchachos —dijo Glenn, reponiéndose de la sorpresa, pero sin abandonar su fingido acento.

—Tiene vista... —exclamó Leslie—. ¡Eres Glenn!

—Claro que la tiene, primor —expresó Duke—. No sabemos a qué viene eso de disfrazarse con barba, gafas y gorro. Ni tampoco por qué dice llamarse Ken Lenox. Es Glenn Blocker, agente del FBI.

Leslie le arrancó la barbita y le tiró las gafas al suelo con un par de manotazos. Después le dirigió una mirada relampagueante.

—¡Caradura! —chilló fuera de sí, poniéndose en pie de un felino salto.

—Yo te explicaré, Leslie... —dijo él, quitándose el gorro.

—¡No quiero explicaciones! ¡Eres un bandido! ¡Una alimaña despreciable! —y corrió hacia la puerta.

—Quieta, ricura —dijo Duke, cogiéndola por un brazo.

—¡Suélteme! ¡No quiero estar ni un segundo más con ese cochino de Blocker!

—Tendrás que esperar, fierecilla.

—¡Esperará su padre! —y le soltó un puntapié a la espinilla.

Duke aulló, pero al momento le descargó un revés a la morena.

Leslie rodó por la alfombra del salón, lanzando gemidos.

Linder rio cavernosamente.

Glenn se puso en pie lentamente.

—No se debe maltratar a una mujer, cara de panal —le dijo a Duke.

El matón atirantó sus músculos faciales.

—¿Eso de «panal» va conmigo?

—Claro, hijo. Pareces una colmena partida. Y como no cierres pronto la bocaza empezarán a salir las abejas.,

—Dentro de unos minutos no tendrás ganas de bromear, Blocker —amenazó Duke.

—Ni siquiera de hablar —se dejó oír Linder.

—Tú estarías mejor en un vertedero comiendo desperdicios, hermano. Tienes cara de no haber comido otra cosa en toda tu guarra vida.

Glenn oyó rechinar los dientes del «escarabajo pelotero».

—Vamos por él, Duke —dijo con los ojos centelleantes.

—Lo convertiremos en albóndigas de bacalao, Linder.

Los dos matones se separaron un poco y caminaron despacio hacia Glenn, intentando un ataque por lados distintos.

—Apártate, Leslie —aconsejó Blocker.

La morena se levantó del suelo y se refugió en un rincón de la estancia.

Glenn retrocedió hasta que su espalda tocó la pared.

Esperó la primera acometida de los gorilas.

Duke fue el primero en disparar la derecha.

Blocker esquivó el golpe con un hábil movimiento de cabeza.

Mientras el puño de Duke se estrellaba contra el tabique, el de Glenn estallaba con dureza en las narices de aquél, obligándole a irse hacia atrás, gritando como un enfermo mental.

Linder le envió un izquierdazo que le alcanzó de lleno en un hombro, pero el agente pudo burlar el segundo golpe del «escarabajo», pasando rápido al contrataque.

Linder recibió un pildorazo entre los ojos, lo cual le obligó a cerrarlos momentáneamente.

Por eso no vio el puño izquierdo de Blocker, y lo sintió cuando trataba de convertirle el hígado en veinte higaditos pequeñitos.

Linder se encogió entre alaridos, pero el agente lo desencogió de un formidable gancho de derecha.

La mandíbula del «escarabajo pelotero» crujió sordamente, mientras su propietario escupía un par de dientes y caía al suelo.

Pero Glenn había perdido mucho tiempo con Linder.

Duke saltó sobre la espalda del agente, pasándole los brazos por los sobacos, y cruzó las manos tras su nuca.

La llave era peligrosa para el atrapado, sobre todo, si el atrapador la conocía bien.

Y Glenn comprendió en el acto que aquel fulano sabía lo que se hacía, porque sus dos intentos para librarse resultaron fallidos.

—¡Ahora, Linder! —rugió Duke—. ¡Dale fuerte!

El «escarabajo» se levantó del suelo, acercándose con los puños cerrados, la mirada febril, la boca sangrante.

—¡Te voy a desarticular, puerco! —bramó Linder.

Cuando el tipo estuvo cerca, Glenn levantó las piernas con fuerza, pateando la cabeza del gorila.

Linder regresó al suelo, quedando casi inerte.

Un segundo después, Blocker tomaba impulso hacia atrás con las piernas, arrollando a Duke, el cual se estrelló contra la pared.

El matón tuvo la impresión de que le estallaba la espalda, y no pudo seguir sujetando al agente.

Blocker se revolvió y le alojó el puño derecho en el estómago, el izquierdo en el mentón.

Remató la faena con un trallazo contundente.

El individuo perdió la noción de la realidad y se puso a contar, con los ojos desorbitados.

—Una ovejita, dos ovejitas, tres oveji...

—¡Tas! —completó la frase Glenn, al tiempo que le largaba un castañazo con la derecha.

Duke se desplomó como una cosa muerta.

Linder gateaba sobre la alfombra, pugnando por incorporarse.

Blocker le soltó un tantarantán con la pierna izquierda, hundiéndole la puntera de su zapatilla en el deteriorado hígado.

El fulano se retorció con la boca espumeante.

La segunda patada de Glenn, en toda la barbilla, le obligó a dormirse sin dar las buenas noches.

El agente exhaló un suspiro.

—Si esto son vacaciones...

Luego revisó los bolsillos de los dos gorilas, encontrando las pistolas con el silenciador colocado.

—Estos venían con malas intenciones... —dijo mirando a Leslie, la cual continuaba acurrucada en el rincón. Después guardó las armas en el cajón de una mesilla, y a continuación, se sentó sobre el vientre de Linder, sujetándole los brazos con las rodillas. Le soltó dos sonoros bofetones.

El «escarabajo» empezó a recobrarse algo, y entreabrió los ojos.

—Hola, Linder...

—Buenos días, Blocker —respondió amablemente, aún bajo los efectos de la paliza—. ¿Qué tal el tiempo esta mañana?

—No estamos en la mañana, compadre. Son casi las siete de la tarde.

—He dormido demasiado.

—Pues aún dormirás más como no empieces a cantar.

El agente le alargó un palmo la oreja derecha.

—¡Que me la vas a dejar como la de un caballo! —gimió, haciendo una mueca.

—A cantar.

—Necesito música.

Glenn empezó a sacudirle en las mejillas, ya con la derecha, ya con la izquierda.

—De momento ya tenemos los platillos, Linder —dijo Blocker, sin dejar de abofetearle.

—¡Me vas a poner la cara como un bombo!

—Mejor. Ya falta menos para completar la orquesta. Y ahora vamos con la trompeta —añadió, tirando con fuerza de la nariz del tipo.

—¡Ay...!

—A cantar, Linder.

—Allá va. «¡Dos extraños son, los que se quieren, dos extra...!»

Glenn le aplastó la «trompeta» con un seco mazazo.

—¡Huy...!

—Cuidado con lo que cantas, chico. Ya has dicho antes que no eres Frank Sinatra. Si te sales otra vez por la tangente, te vaciaré los ojos.

—Seré Linder el Cieguecito.

—Seguro.

—Cantaré.

—Procura no desafinar.

—¿Qué quieres saber?

—¿Quién os ha enviado? ¿Para qué? ¿Cómo me habéis reconocido?

—Muchas preguntas son ésas...

—Pero tú responderás a todas, ¿verdad? —inquirió Glenn, enarbolando el puño derecho.

—Claro que sí. Lo que más me gusta es responder preguntas.

—Que se vea.

—Nos ha enviado un hombre bajito y gordo —empezó a mentir.

—¿Su nombre?

—Oh, vamos, Blocker... Tú eres del FBI y conoces cómo son estas cosas. Nos dan un sobre con plata, el nombre de la víctima y dónde encontrarla. Y nosotros, al «trabajo», sin preguntar el nombre de quien nos paga. Eso no nos interesa. Y ellos tampoco quieren dar detalles.

—Mientes, Linder.

—No miento, de veras. ¡Ay!

—¿Pares o nones, amigo? —le preguntó Glenn, después de haberle arrancado más de media ceja derecha.

—¡Eres un bestia, Blocker!

—Si no lo aciertas, repito.

—¡Hay demasiados...! —dijo alicaído, mirando el penacho de pelos cortos que sostenía el agente entre las yemas del pulgar e índice de la mano derecha.

—Responde.

—Pares.

—Fallaste; hay cincuenta y siete —replicó Glenn sin contarlos, y tras tirarlos al suelo, le arrancó otro montón de la ceja opuesta.

Linder gritó desesperadamente.

—La verdad, muchacho —insistió el agente.

—¡Es la verdad! —lloriqueó el simio—. ¡No sé nada más!

—¿Teníais que matarme?

—¡No!

—Comprendo. Sólo veníais a saludarme.

—Nos habían encargado quebrarte algunos huesos, pero no matarte. Sólo en el caso de que tú nos obligases...

—Está bien, lagartija —dijo Glenn, levantándose—. Lárgate de aquí.

—¿Me vas a dejar marchar? —preguntó incrédulo Linder.

—Hazlo antes de que me arrepienta.

El fulano se incorporó con grandes dificultades.

—¿Puedo llevarme a Duke?

—No.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Manteca de cerdo.

—Pobre Duke...

—No te preocupes. Ya te mandaré un tarro para que la pruebes.

—Gracias.

—En marcha.

Linder se encaminó tambaleante hacia la puerta.

Blocker llegó antes que él y se la abrió.

—Muy amable, agente.

—¿Has perdido algún diente, Linder?

—Dos —respondió, enseñando la dentadura.

—Pues no hay dos sin tres —y le remitió un obús con la izquierda.

Linder recibió el trancazo en la boca y corrió por el pasillo como impulsado por un huracán. No paró hasta empotrarse contra la pared del fondo. Allí quedó inconsciente otra vez.

Blocker cerró la puerta.

Después se arrodilló junto a Duke.

El tipo con las mejillas llenas de excavaciones dormía plácidamente, roncando y todo.

Glenn lo cogió por los cabellos y lo arrastró un par de metros.

Duke gimió y empezó a moverse, aunque aún no estaba en sus cabales.

—¡Socorro! ¡Dalila quiere cortarme el pelo! ¡Se me va la fuerza! Blocker se dejó ver.

—Hola, Duke. ¿Qué tal la siesta?

El fulano levantó medio cuerpo y quedó sentado sobre la alfombra, sacudiendo la cabeza. Miró a su alrededor.

—¿Dónde está Linder?

—¿Linder? Me lo he comido.

—¿Qué...?

—Hablabas en metáfora. Quiero decir que ya no existe. Lo he tirado por el hueco del ascensor.

—¡No!

—Vaya que sí. Y tú irás con él dentro de unos minutos.

Duke miró con terror al agente del FBI.

—¡No puedes hacerlo, Blocker! ¡Sólo queríamos darte unos golpes!

—Pero los golpes los he dado yo.

—Más motivo para que me perdones la vida.

—Si me dices quién os ha enviado, no habrá hueco de ascensor.

Duke respingó nerviosamente.

—No lo sé, Blocker.

Glenn le soltó una patada al rostro.,

El tipo se acostó sin ganas.

—Tengo poca paciencia, Duke.

El pateado escupió saliva roja.

—Debes creerme, Blocker... Si supiera su nombre, te lo diría.

Glenn se le acercó amenazante.

—¡No me pegues más, Blocker! ¡Si quieres un nombre, me lo inventaré! ¡Aunque me mates a golpes no podré darte el nombre del tipo, porque no lo sé!

El agente miró fijamente a Duke.

—No te creo, cara perforada, pero... te voy a dejar marchar.

—¿En serio?

—Fuera de mi vista.

Duke se alzó como pudo.

Glenn le abrió la puerta.

—No se te ocurra volver por aquí, Duke —y le cascó con la derecha al mentón.

Duke salió de estampida, arrollando a un camarero que empujaba una pequeña mesa de ruedas.

El camarero cayó al suelo, pero Duke se fue sobre la mesa, impulsándola sin querer.

La mesa cobró velocidad de bólido de competiciones y Duke acabó por estrellarse contra la pared del fondo, cayendo sin conocimiento sobre el cuerpo de Linder, el cual ya empezaba a recobrarse.

El camarero miró al agente con ojos asustados.

—Son buenos chicos, pero están algo bebidos —le dijo Blocker.

A continuación, Glenn se introdujo en su habitación y cerró la puerta.

Se aproximó a la atemorizada Leslie.

—Ahora, pequeña, vamos a poner las cosas claras tú y yo.

CAPÍTULO VII

LESLIE ROSS tenía el rostro lívido, porque durante la pelea de Glenn con aquellos dos tipos, había temido por la integridad física del agente del FBI.

Pero ahora, y viendo que la cosa había finalizado sin deterioros mayores para Blocker, volvió a recordar que ella había sido objeto de una burla grandiosa por parte de éste, y esto motivó que su expresión pasase a ser fiera y cargada de coraje.

—¡No des un paso más! —gritó enfurecida.

Blocker se detuvo a unos tres metros de ella.

—Ya está, Leslie. Como ves, soy muy obediente. ¿Qué más quieres que haga?

—¡Que te apartes, porque yo me voy de aquí al segundo!

—Primero me pides que no me mueva, y después, todo lo contrario. ¿Quién te entiende a ti, Leslie?

—¡No quiero volver a verte, Glenn! ¡Déjame salir!

Blocker dijo que no con la cabeza.

—Antes tenemos que hablar, Leslie.

—¡No quiero hablar contigo!

—Tendrás que hacerlo, por las buenas o por las malas.

—¡Eres un forajido, Glenn!

—Soy un agente del FBI.

—¡Eres la vergüenza del Cuerpo!

—El ogro no opina igual.

—¡Me importa un bledo lo que opine Shaw Morris!

—Tú estás enamorada de la «vergüenza del Cuerpo».

—¡Ja!

—Lo has dicho antes...

—¡Debiste entenderlo al revés!

—Lo entendí perfectamente. Y sobre eso quiero que hablemos.

—¡No habrá charla!

—La habrá, Leslie.

La morena intentó escabullirse por un lado, tratando de llegar hasta la puerta, pero el agente se le echó encima y la sujetó por la cintura, cogiéndola por detrás.

—¡Criminal! ¡Bandolero! ¡Asesino de morenas en bikini!

Blocker la tenía en alto, mientras Leslie pateaba, codeaba y cabeceaba, intentando librarse de los brazos de él.

—¿No te sientes segura entre mis brazos, Leslie?

—¡Me siento porras!

Blocker se aproximó al diván y se sentó, quedando ella sobre sus rodillas. En seguida le sujetó los brazos y le engatilló las piernas con las suyas, para que Leslie no pudiera golpearle.

La morena no podía verle la cara a Glenn si no se volvía.

—Parece que estemos ensayando un número de circo, Leslie.

Ella apretó los dientes y soltó un gruñido, pero dejó de forcejear, sabiendo que no le serviría de nada.

—¿Estás más calmada, Leslie?

—Comienza, Glenn. Puedes besarme, manosearme y ultrajarme, pero te juro que si no me matas después, cogeré una pistola, un cuchillo carnicero o una bomba de mano y acabaré contigo.

—Las dos primeras cosas que has citado me causarían un gran placer Leslie.

—¿La pistola y el cuchillo carnicero? Está bien; procuraré complacerte.

—No, Leslie... Besarte y abrazarte.

—Ah.

—Pero nunca te maltrataría, Leslie.

—Ya me estás maltratando.

—No es verdad. Sólo te tengo sujeta para que no me rompas un hueso.

—Cómo lo sabes.

—Si me prometes sentarte a mi lado y estarte quietecita, te suelto inmediatamente.

—No.

—Prefieres sentirme cerca, ¿eh?

Leslie volvió a gruñir, pero no dijo nada.

—Bueno, amor mío, hablaremos en esta incómoda posición.

—¿Amor de quién...?

—Mío.

—Ya. ¿Y qué número tengo, Glenn? ¿El setenta y cuatro? ¿El ciento seis?

—El número uno, Leslie.

—Empezando la cuenta al revés.

—No, cariño. No hay cuenta al revés ni al derecho. Sólo te quiero a ti.

—Mientes.

—No, miento, Leslie. Estoy enamorado de ti.

—Esa frase te sale apagada de tan gastada que la tienes.

—Me sale apagada porque me brota del fondo del corazón.

—Tú no tienes corazón.

—Sin corazón no se puede vivir.

—A ti te alimenta el demonio.

—No bromees, Leslie.

—¿Te parece correcto lo que hiciste conmigo en la oficina del Departamento?

—No. Y te juro que estoy verdaderamente arrepentido.

—Claro. Por eso, tan pronto como me has visto en Miami, ¡hala!, otra vez con la tomadura de pelo. ¿Tus antepasados eran apaches, Glenn? —ironizó Leslie.

—No. Los apaches tomaban las caballerías de verdad. Y si yo me hice pasar por ciego fue porque no quería que me descubrieses. Me estoy jugando dos meses de vacaciones y quinientos pavos.

—¿Qué piensas hacer con los pavos si los ganas Glenn? ¿Montar una granja?

—Si yo te hablo de mi sincero y profundo amor, y tú te pitorreas de mis palabras, nunca llegaremos a entendernos.

—No quiero entenderme contigo, Glenn.

—¿Qué puedo hacer o decir para que me creas Leslie?

—Nada. Hacerte pasar por un ciego fue algo indigno.

—No se me ocurrió otra cosa.

—Me tocaste el estómago a propósito.

—Sí, pero eso...

—Y le manoseaste las «mejillas traseras» a la rubia del bikini con intención.

—Claro. Las oportunidades las pintan calvas.

—Debí dejar que te sacudiera en las narices.

—Tú tienes demasiado buen corazón, Leslie.

—Y luego, aquí, en el diván, me tocaste las piernas.

—Con sana intención.

—Con sucia intención —rectificó la morena.

—No estamos de acuerdo en nada.

—Somos muy diferentes.

—Si fuésemos parecidos, no me gustarías.

—Quiero irme, Glenn.

—¿En viaje de luna de miel? Yo estoy dispuesto. ¿Cuándo nos casamos, Leslie?

—Dentro de un par de siglos.

—Entonces estaremos llenos de gusanos.

—Déjame, Glenn. Por favor... —suplicó quedamente.

—¿Por qué si me quieres me rechazas, Leslie?

—Te lo expliqué cuando creí que estabas ciego y te llamabas Ken Lenox.

—Pero ya te he dicho que te quiero, Leslie...

—No puedo creerte. Durante más de tres años me has estado viendo en el Departamento, y nunca me has dicho nada en ese sentido.

—Fue el otro día cuando lo descubrí, nena.

—¿Cuando me asaltaste cobardemente?

—Sí. Yo jamás había hecho algo semejante con una chica, Leslie. Pero sentí una necesidad imperiosa de besarte y tenerte junto a mi pecho. Por eso me comporté de aquella forma. Es cierto que conozco a muchas mujeres, pero nunca tuve esa sensación que nació en mí entonces. Lo he pensado mucho y he llegado a una

conclusión terminante; estoy enamorado de Leslie

—Leslie Ross no se lo cree, Glenn.

—Lo sé. Y me parece un castigo de Dios. A más de cincuenta chicas les he dicho que las quería con locura sin ser cierto. Y ahora, la primera vez que quiero a una de verdad, es ella la que no me cree a mí.

—Ese es tu problema, Glenn.

—Con tu actitud harás desgraciadas a dos personas: tú y yo.

—Ya me cuidaré yo de arreglar mi desgracia.

Como Leslie tenía los brazos tras la espalda, la bata se había deslizado un poco, dejándole visible el hombro derecho.

Blocker depositó un suave beso en el tentador lugar.

—Llegó la hora de los abusos, ¿eh?

—No, Leslie. Ha sido un beso de despedida. Y no me negarás que ha sido muy decente.

—Decentísimo —dijo con sarcasmo ella.

—Te voy a soltar. Puedes irte cuando quieras, Leslie; Y si quieres vengarte de mí, corre a un teléfono y pide conferencia con Washington. Dile al ogro que estoy en Miami. Ya no me importa perder los dos meses de vacaciones ni los quinientos dólares. Realmente, no me quedan deseos de disfrutarlas. Con tus palabras me has hecho mucho daño, Leslie.

Blocker soltó los brazos y las piernas de ella. Leslie quedó tal como estaba, sin moverse ni un centímetro.

—Estás libre, Leslie.

—Ya lo sé.

—Pues levántate y camina. La puerta no está cerrada con llave. Nadie ni nada te impide hacer lo que tanto deseabas.

—Te equivocas, Glenn —dijo ella girando el cuerpo—. Me lo impide mi amor por ti.

Leslie tenía los ojos resplandecientes, y en los labios, una sonrisa dulce y candorosa. Rodeó el cuello del agente.

—Puede que sea una estúpida diciéndotelo, Glen. Pero qué más da. Tú sabes que te quiero, y aunque yo dudo mucho, muchísimo, de que tú me correspondas sinceramente, quiero arriesgarme. Si sólo tratas de aprovecharte de mí, hazlo. Allá tú con tu conciencia. Yo no tengo fuerzas para separarme de ti.

—Tus palabras me azotan el alma, Leslie —replicó el agente, acariciándole las mejillas—. No voy a decir ahora que he sido un ejemplo de moralidad, porque sería irrisorio. Sin embargo, no te miento al decirte que te quiero de veras. No me aprovecharé de ti, puedes estar segura. Pero te pido, te ruego, y te suplico, que nos casemos, que seamos marido y mujer.

—¿De veras lo quieres, Glenn?

—Como ninguna otra cosa, Leslie.

—Pues nos casaremos, Glenn. Y ojalá que nunca te arrepientas.

—Estoy seguro de que no.

Blocker enlazó a Leslie por la cintura y la besó en la boca con ardor.

Ella le correspondió de igual forma.

Durante algún tiempo, los besos y las caricias no dejaron lugar a las palabras.

—Te quiero, Glenn...

—Mis oídos se derriten de placer —y la besó en la punta de la nariz.

Ella dio un respingo.

—¿Tienes cosquillas en la nariz, Leslie? —se extrañó él.

—Acabo de recordar algo, Glenn.

—No me digas que ya estás casada, Leslie, porque me pego un tiro.

La morena no rio la salida de Blocker.

—Estoy pensando en esos dos hombres que te atacaron, Glenn.

—Piensa solamente en mí —y la besó en la barbilla.

—No se conformarán con los golpes recibidos... Volverán.

—Pues les daré más. Todos los que quieran.

—No me muerdas las orejas, Glenn...

—No hay nada como una ración de lóbulos al ajillo, Leslie.

Esta vez, ella se vio obligada a sonreír. Le tapó los labios con una mano, para que dejara de besarle y morderle cosas.

—¿Quién enviaría a esos hombres, Glenn?

—Blenf... ñaf... codoff...

—¿Cómo dices?

Blocker le apartó la mano que le impedía hablar claro.

—No lo sé, cariño. Un agente del FBI tiene enemigos por todas partes. En Miami debo tener alguno. Me ha visto por casualidad y me ha enviado dos gorilas para que me desacoplaran algunas piezas.

—Ahora no se contentarán con eso, Glenn. Usarán las pistolas.

—Yo también me traje la mía. No pensaba utilizarla, pero nunca me separo de ella.

—Temo por ti, amor...

—Dilo otra vez.

—Temo por ti.

—Eso no, Leslie; lo otro.

—Amor...

Cuando ella pronunció la eme, y dejó salir el aire para que se oyese la o y la erre, Glenn le besó los recogidos labios.

—Traidor... —censuró sonriendo.

—Si no quieres que te coma a besos, no pronuncies la eme de esa forma. No soy capaz de resistirlo.

—La pronunciaré sólo en las ocasiones apropiadas.

—Estoy deseando que lleguen.

—Acude a la policía local, Glenn, y pide ayuda.

—No.

—¿Por qué?

—¿Olvidas que estoy de vacaciones? Si el ogro se entera de que me hallo en Miami, adiós permiso.

—Antes has dicho que ya no te importaban las vacaciones...

—Porque tú me dabas calabazas. Pero ahora que vamos a casarnos, dos meses de permiso nos vendrán muy bien. Y los quinientos pavos, no veas...

—¿Cómo se te ocurrió venir a Miami, Glenn?

—No se me ocurrió a mí, Leslie; fueron las circunstancias. Ya te lo explicaré en otro momento.

La morena sonrió.

—¿Sabes, Glenn? Kendall y Wilde atraparon al Napoleón de la fontanería, creyendo que eras tú.

Blocker se carcajeó.

—Me hubiese gustado ver la cara del ogro.

—Estaba hecho un ciclón.

—¿Cómo quedó Bevis?

—Bien. Tan pronto como descubrieron que no eras tú, le dejaron en libertad. Encontraron las ropas y las herramientas del fontanero en el aeropuerto y sospecharon que habías salido de Washington en avión.

—No creo que averigüen en qué avión subí.

—¿Por qué?

—Vine disfrazado de piloto; y viajé en la cabina de mandos.

—Eres terrible, Glenn —sonrió ella con amplitud.

—Ya verás cuando me conozcas mejor —y trató de besarla otra vez.

—Espera, Glenn —le detuvo ella.

—¿Qué ocurre?

—Sigue preocupándome el asunto de los dos tipos.

—Si por culpa de ellos no puedo besarte, también empezarán a preocuparme a mí.

—Insisto en que pidas ayuda a la policía.

—Se lo dirían al ogro en pocos minutos.

—Pues dejemos el hotel y larguémonos de Miami.

—Me gusta el hotel y me gusta Miami. Y hay una cosa que no me gusta, Leslie.

—¿Cuál?

—Dejar enemigos a mis espaldas; al menos, si puedo evitarlo.

—¿Esperarás a que te ataquen de nuevo?

—Sí. Es la única forma de acabar con1 ellos.

—Entonces... ¿por qué los has dejado escapar antes?

—Esos eran dos pobres desgraciados, Leslie. A mí me interesan los peces gordos, los que dan las órdenes.

—Pero esos dos podrían haber ido a la cárcel.

—No quiero el menor contacto con la policía. Lo solucionaré a mi modo.

—Resultará peligroso.

—Ya verás como no.

—¿Sospechas que pueden estar relacionados con el asunto del tráfico de drogas? Quiero decir, el caso de que te habló el jefe.

—¿La pandilla de traficantes que opera en Florida?

—Sí.

—No lo sé, Leslie. Quizá sí, quizá no.

—Si fuera eso, sería un asunto demasiado gordo para que intente solucionarlo un hombre sin nadie que le ayude.

—No adelantemos acontecimientos.

—Voy a estar muy intranquila, Glenn.

—¿Cuál es tu habitación?

—La 286.

—¿En qué planta?

—La sexta.

—Demasiado lejos estamos.

—¿Qué sugieres?

—Baja tus cosas aquí, Leslie.

—¿A que te rompo un diente?

—Prometo respetarte.

—Eso es muy fácil de decir.

—Y de hacer, si uno tiene fuerza de voluntad.

—Quita la ocasión y quitarás el peligro.

—Bobadas, Leslie. Ahora te tengo entre mis brazos, y estás en bikini. ¿Ha pasado algo?

Ella se puso en pie y recogió su bolsa de baño.

—Gracias por recordármelo, Glenn. Me voy antes de que no podamos decir lo mismo.

—Eres injusta conmigo, Leslie. Yo soy un caballero.

—Un caballero muy de temer, Glenn —y le guiñó un ojo—. ¿Me invitas a cenar por ahí?

—Claro. ¿A qué hora subo por ti?

—Dentro de treinta minutos estaré lista.

Ella anduvo hacia la puerta. Desde allí le miró.

—Hasta luego, Glenn.

—Hasta luego, Leslie.

La morena salió de la habitación del agente.

CAPÍTULO VIII

MIKE CRAWFORD se hallaba en su habitación (concretamente en su dormitorio), realizando una tarea que le resultaba hartamente grata: Poner crema antisolar en la espalda de Priscilla.

La pasmosa pelirroja, todavía con su bikini rojo, se encontraba sobre la cama, tumbada al través y boca abajo.

—Con suavidad, Mike... —rogó ella, apoyada la cabeza sobre los antebrazos.

—Seré un puro terciopelo, Priscilla. Tu fina piel se lo merece.

—Me escuece bastante.

—Has tomado demasiado el sol, preciosa. Si no te cuidas más, se te van a producir llagas.

La pelirroja lanzó un gritito.

—¿Te he hecho daño, Priscilla?

—Eso no es la espalda, Mike... —observó volviéndose ligeramente.

Crawford tosió nerviosamente y cambió las manos de lugar.

—Disculpa, encanto. Tendré que hacerle una visita a mi oftalmólogo.

Ella sonrió pícaramente.

—Harías el ridículo, Mike. Tú tienes «vista» de sobra —y volvió a descansar la cabeza sobre sus antebrazos.

Crawford continuó aplicando crema por los puntos más dispares de la anatomía de la pelirroja.

Priscilla reía de cuando en cuando y en paz.

—Buenas tardes, jefe —dijo alguien con voz tristonja y

retumbona, como si saliese del fondo de una gran tinaja.

Crawford se giró y descubrió a dos tipos que no reconoció. Iban sucios de polvo, con las ropas de cualquier forma, los rostros ensangrentados desde el pelo hasta el cuello.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó poniéndose en pie.

La pelirroja también les prestó atención, sentándose sobre la cama.

—Dos necesitados de la caridad pública —respondió el mismo que hablara antes.

El otro individuo se apoyaba contra el hombro del que llevaba la voz cantante, descansado su cabeza medio dormido.

—No suelo dar limosnas, amigos —replicó Crawford—. Largo de aquí.

—A nosotros nos han dado otra cosa, jefe; y en abundancia.

—¿Por qué me llama usted jefe?

—Demonios, porque lo es... Soy Duke.

—¡No!

—Sí, jefe; soy Duke. Y esto que se apoya en mi hombro para no morirse tan joven, es Linder. Nos ha puesto maduros a golpes.

El gesto de Crawford era de total y completo estupor.

—¡No es posible...!

—Lo que yo le diga, jefe. Ese Glenn Blocker tiene puños que se le disparan como un fusil ametrallador. Golpea en varios sitios a la vez. ¡Y qué sitios...! —torció los ya torcidos labios, haciendo una mueca impropia de un ser viviente.

Crawford miró los dos bultos tumefactos que tenía ante él.

—¿Un hombre solo os hizo todo eso?

—No me diga que le parece poco, jefe. Claro, que como el que manda es usted, si quiere subimos por más...

—Pero... ¿Blocker sigue vivo? —preguntó Crawford, endureciendo los músculos del rostro.

—Que si sigue vivo dice... Y tan vivo.

—Hombre, al veros así pensé que os lo habíais comido crudo.

—Ni crudo, ni asado ni relleno. Y si seguimos con vida, suponiendo que esto sea vivir, será porque hoy debe ser el Patrón de los Delincuentes, y este santo nos ha echado una mano. Figúrese que cuando me he despertado en la habitación de Blocker, después

de recibir lo mío, y he preguntado por Linder al no verlo allí, el agente me ha respondido que lo había tirado por el hueco del ascensor. Y luego he sabido por éste —señaló a su compañero—, que conmigo pensaba hacer manteca de cerdo. Gracias al santo mencionado, ambas cosas no han pasado de ser un simple proyecto.

—¿Es que Linder no puede hablar?

—Le cuesta mucho, jefe. En el corredor ha saludado a un camarero, y ahora tardará un poco en recuperar las fuerzas justas para poder decir algo más. Blocker la tomó con su boca y...

—Pobre Linder... —dijo Crawford, advirtiendo que los labios de su empleado estaban tan hinchados que parecían bordillos de acera.

—¿De mí no se compadece, jefe?

—Claro, Duke. Tú también estás hecho un asco.

—Gracias.

—De nada.

—¿Podemos sentarnos aunque sea en el suelo, jefe? —preguntó Duke, viendo que en el interior del dormitorio no habían sillas.

—Podéis.

—Vamos, Linder. Descansaremos mejor sentados y recostados sobre la pared

El «escarabajo pelotero» rezongó algo que nadie entendió, y apoyándose en Duke, llegó hasta el tabique.

Los dos se sentaron.

Linder seguía con los ojos cerrados.

Estaban hombro contra hombro, cabeza contra cabeza.

Crawford se dejó caer en la cama, aplanado por la sorpresa.

Priscilla, en cambio, no parecía afectada por la situación. Se apoderó del tarro de crema y empezó a ponerse en las piernas.

—¿Quieres un poco de crema, Duke? —le preguntó ella.

—Gracias, Priscilla. Con ese botecito no tenemos ni para empezar. Necesitaríamos algo así como una tonelada si decidiéramos untarnos todo lo que nos duele.

—Me hago cargo.

—Yo me hago cruces de que aún podamos contarlo.

—¿Cómo os dejasteis sorprender por Blocker? —intervino Crawford.

—Fuimos nosotros los que le sorprendimos a él, jefe.

—¡No me digas!

—Imagínese si llega a ser al revés, jefe. Ahora estaríamos convertidos en ensalada rusa.

—¿Puedes decir algo ya, Linder? —le preguntó Crawford.

El aludido abrió el ojo derecho y la bola le bailó hacia todos lados, porque se le había quedado muy floja.

—¿Conoce las Bienaventuranzas, jefe? —preguntó con voz de violín.

—Sí, Linder.

—¿Cuántas son?

—Ocho.

—Se equivoca, jefe. Ahora ya son nueve.

—¿De veras?

—Sí. La última dice así: «Bienaventurados los que tienen puños, porque ellos pegarán cuanto querrán.»

La pelirroja rio con ganas, pero Crawford y Duke continuaron serios.

—Vosotros también tenéis puños, Linder —recordó Crawford, con el entrecejo fruncido.

—Eso creíamos, jefe. Pero después de ver y probar los de Blocker...

—Parece mentira que haya podido con los dos.

—Aunque hubiésemos sido cuatro, el resultado habría sido el mismo —profetizó Linder, sin dejar de mover la bola de su ojo derecho.

La espléndida pelirroja se estaba poniendo crema en el vientre y en el estómago.

Crawford creyó ver que Linder la miraba de reojo y se molestó:

—Deja de guiñarle el ojo a Priscilla, Linder.

—¿Qué?

—Que no la mires así, diablos. Ella es de mi propiedad.

—Yo no le guiño el ojo a nadie, jefe.

—Pues haz el favor de abrir el izquierdo también.

—Para levantar ese párpado que usted cita necesitaría una grúa. Blocker me sacudió una cox entre los ojos. A duras penas puedo ver

por el derecho.

—Por eso te baila la bola.

—¿Qué bola?

—La del ojo derecho, infiernos.

—¿De veras me baila, jefe? —se asustó Linder.

—Un rock and roll de los más trepidantes.

—Otra desgracia más.

—Te faltan tres dientes.

—Sí, jefe. Blocker los saca sin anestesia y muy deprisa.

—Y... ¿qué has hecho con tus cejas, Linder?

—¿Qué pasa con mis cejas?

—Casi te han desaparecido, muchacho.

Linder elevó un brazo que le pesaba quinientos kilos y se pasó la mano por las despobladas cejas.

—Ah, sí; ya recuerdo, jefe. El agente se las colecciona.

—¿Que colecciona cejas...? —inquirió lleno de asombro Crawford.

—Sí, jefe. Como las mías no las tenía...

—¿Te las arrancó?

—No pregunte, jefe; afirme. Afirmar, porque ha dado con la frase justa y adecuada; me las arrancó.

—¡Qué bestia!

—Eso mismo le dije yo, jefe, cuando me arrancó cincuenta y siete pelos de la ceja derecha.

—¿Cincuenta y siete...?

—Eso dijo él.

—¿Los contó?

—No, pero había un buen manojo.

—Y... ¿qué pasó después de que le llamasen bestia?

—Me depiló la ceja izquierda por el mismo procedimiento.

—¿Con las pinzas?

—¡Quiá! Con los dedos.

—Ahora aún me parece más bestia.

—Y eso que no sabe usted lo del rugby.

—¿Qué dices de rugby?

—Blocker lanza unos golpes de castigo extraordinarios. Lo malo

fue que confundió mi cabeza con el balón ovalado y ¡zas!

—¿Te dio patadas?

—De las más atroces. ¿No ve qué cuello más largo tengo? Y me estiró las orejas, me atrofió la nariz, me abofeteó diciendo que tocaba los platillos, me troceó el hígado...

—No es necesario que sigas, Linder. Tienes el rostro que parece recién salido de una batidora.

—Exacto, jefe. Usted siempre da con las frases más oportunas. Crawford se acarició el mentón.

Priscilla reía con la boca abierta de par en par.

— ¿Te hace gracia que ese Blocker los haya puesto así? —se enojó Crawford.

—No es eso, Mike... Pensaba en Drácula.

—¿Qué pinta Drácula aquí?

—Si viera las ensangrentadas caras de Duke y Linder, se iba a dar menudo banquetazo.

Crawford acabó sonriendo, aunque muy levemente.

—Tenemos que pensar algo, muchachos.

—Piense usted, jefe, que tiene el cerebro sano —replicó Duke—. El nuestro ya no es capaz ni de sumar dos y dos.

—¿Os hizo hablar Blocker?

—Lo intentó —respondió Linder.

—¿Os tiró de la lengua?

—¡Caramba! Eso creo que fue lo único que le faltó —dijo con ironía Duke.

—No dijimos nada, jefe —manifestó Linder—. Por eso nos «arregló» la cara y nos «midió» el cuerpo con tanta delicadeza.

—Buenos chicos.

—Los cementerios están llenos de buenos chicos —retrucó Duke.

—Os daré unos dólares de gratificación.

—Nos los gastaremos en una farmacia —afirmó Linder.

—No será necesario. Priscilla os arreglará los desperfectos.

—Priscilla tendrá trabajo para rato —opinó Duke.

—Tenemos que acabar con Blocker.

—Dicho así, jefe, parece un juego de niños —dijo Linder.

—¿Quién será el valentón que realice el trabajo? —quiso averiguar Duke.

Crawford le pasó un brazo por la espalda a la pelirroja y le sonrió con dulzura.

—Será una valentona, muchachos. Nuestra querida Priscilla.

—Su querida Priscilla, jefe —rectificó Duke—. Nosotros no tenemos vela en ese entierro.

—Hablas con muy poca delicadeza, animal —replicó Crawford.

—Tampoco ahora ha estado usted muy fino.

—No me interrumpas, Duke. Estamos tratando un| asunto de gran importancia.

—Pues nada, a seguir tratándolo —intervino Linder.

—¿Te atreves a intentarlo, Priscilla? —le preguntó Crawford.

—¿Cómo he de liquidarlo, Mike? Si quieres que lo engatuse y...

—No hay tiempo para eso, preciosa.

—¿Entonces?

Crawford se acercó a la mesilla de noche y sacó una pistola automática, con silenciador dispuesto.

—Será con esto, Priscilla. Esta noche te introducirás en su habitación., con la excusa que más te guste y cuando lo tengas encandilado...

—Le perforo las tripas.

—Cuantas más mejor.

—¿Qué ganaré por ese trabajo extra? —sonrió con astucia.

—Lo que quieras.

—Un abrigo de visón.

—Hecho.

—Claro que hecho, Mike. Yo no sé coser.

Crawford soltó una risotada.

—Quería decir que estoy de acuerdo —aclaró a continuación.

—Y dos vestidos de noche.

—No abuses, Priscilla.

—¿De acuerdo con los vestidos? —sonrió atrevidamente.

—De acuerdo, nena. Pero nada más.

—Acepto, Mike. Puedes afirmar que Glenn Blocker no verá la luz del nuevo día.

Leslie y Glenn salieron del ascensor, en la sexta planta, y avanzaron por el corredor hasta detenerse ante la puerta numerada con el 286.

La secretaria de Shaw Morris iba ataviada con un precioso vestido largo de noche, bastante aireado por arriba.

El agente, para no desentonar, se había colocado un smoking muy elegante.

—Buenas noches, Glenn —dijo ella amorosamente, mientras su rostro resplandecía de felicidad.

—¿Quién habla de despedidas? —replicó él, apoderándose de las caderas femeninas.

—Son casi las tres de la madrugada... —recordó Leslie.

—Me gustan las tres de la madrugada —y la besó en los labios.

—Ha sido una noche inolvidable, Glenn.

—Aún puede serlo más.

—Hemos cenado en un lujoso restaurante. Luego hemos bailado en un club nocturno que era una maravilla.

—La única maravilla que había allí eras tú —y la volvió a besar.

—Pero tú mirabas con demasiado entusiasmo a aquella bailarina oriental.

—Porque más que una bailarina oriental, era una bailarina al natural. Y así, cualquiera.

—Casarse contigo tiene sus desventajas, Glenn.

—¿Sí?

—Tendré que vigilarte muy estrechamente.

—Cuanto más estrechamente mejor, —y la estrechó entre sus brazos.

—Cuando te cases conmigo no habrá ninguna otra, ¿verdad?

—Ninguna.

—¿Cuándo nos casaremos, Glenn?

—Cuando finalice el plazo de una semana dado por el ogro. Si antes no me descubren, tendremos dos meses para emplearlos a nuestro gusto.

—Estoy deseando que finalice ese dichoso plazo, Glenn.

—Eso tiene solución.

—¿Cuál?

—Tomamos un anticipo.

—Eres un atrevido, Glenn.

—¿Qué me respondes?

—Que no.

—¿Por qué?

—Yo soy una chica decente.

—¿Me estás tachando a mí de indecente?

—Casi.

—¿Qué importancia pueden tener cinco días más que menos?

—Físicamente, ninguna; moralmente, mucha. Hay que casarse antes.

Blocker entrecerró un ojo.

—¿Me invitas a tomar un whisky, Leslie?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tú no quieres tomar un whisky. Quieres tomarme a mí en brazos.

—¿Cómo lo sabes?

—Veo una cama reflejada en cada uno de tus ojos,

Blocker parpadeó nervioso.

—¿Tanto se me nota, Leslie?

Ella sonrió candorosamente.

—Era una broma, cariño. Ahora vete. Buenas noches.

—La terrible espera me va a consumir, Leslie —gimió él.

—Esta tarde dijiste que era fácil de soportar para un hombre con fuerza de voluntad.

—Yo no tengo fuerza de voluntad.

—Te contradices con tus propias palabras.

—Déjame entrar, Leslie —suplicó—. Me limitaré a dar una vuelta por el salón y saldré enseguida.

—No.

Leslie se libró de Blocker y abrió la puerta de su habitación.

Glenn le miró el corte frontal del vestido, porque por allí se veía un trozo de pierna inmejorable.

—Al tío que inventó las tijeras deberían alzarle un monumento.

Ella advirtió la situación y se dio mucha prisa en introducirse en su habitación, temiendo otro asalto de Glenn.

Antes de cerrar la puerta con llave, le dijo:

—Procura dominar tus impulsos, Glenn. Los infartos de miocardio están a la orden del día.

Luego, desapareció totalmente.

Blocker soltó un rosario de mascullantes improprios, dio media vuelta y se encaminó hacia la cuarta planta.

CAPÍTULO IX

UNA vez en ella, Glenn se dirigió hacia su puerta.

Casi frente a ésta, se veía un enorme búcaro de flores.

El agente se acercó a él, sin darle importancia al hecho, y se puso a oler un clavel reventón.

—¿Estás ahí, Jackson? —preguntó por lo bajo.

Una voz respondió desde el interior del búcaro:

—Sí, señor Lenox.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo complejo de gusano.

—Asómate.

—Voy.

Tras remover el montón de flores y ramas verdes, se dejó ver un rostro, pero sólo se distinguían algunos trozos de cara.

—No pareces el mismo, Jackson —se extrañó Glenn.

—Han sucedido muchas cosas, señor Lenox.

—Cuenta.

—La camarera de la tarde, antes de irse, tuvo una idea genial.

—¿Cuál?

—Regar las flores. Me echó algo así como diez litros de agua.

—Pobre Jackson... —sonrió Glenn.

—Estaba con agua hasta la cintura, cuando llegó la camarera de noche. ¿Sabe lo que hizo, señor Lenox?

—Dímelo tú, Jackson.

—Regar las flores —gimoteó el hombre.

—Sí que es fatalidad.

—Sí, señor Lenox. Agua hasta el cuello. Si no cojo una pulmonía de ésta, es que soy invulnerable a las enfermedades humanas.

—Eres un gran tipo, Jackson.

—Si usted lo dice...

—Y de lo que hablamos esta tarde, ¿qué?

—Desde que usted salió de su habitación, sólo una persona ha entrado en ella.

—¿Quién?

—Una pelirroja que está como el Pentágono.

—¿Salió?

—No, señor Lenox; continúa ahí dentro. Es usted in hombre de suerte.

—¿Por qué, Jackson?

—No se haga el distraído. Pocos hombres pueden alardear de tener una hembra así en su dormitorio y a las tres de la madrugada. Y con esa paciencia...

—¿Paciencia?

—Claro. Lleva ahí desde las doce menos cuarto.

Glenn silbó admirado.

—Créeme si te digo que no la esperaba, Jackson.

—Entiendo. Usted esperaba a la morena.

—¿Qué morena?

—La que salió en bikini esta tarde de su habitación.

—Entonces aún no te había yo encargado el trabajo le vigilante...

—La vi por casualidad. Y si quiere mi opinión, esa morena está como para...

—No lo digas, Jackson.

—¿Por qué?

—Podría ser algo que no me gustase y tendría que aplastarte las narices. Esa morena será mi esposa dentro de cinco días.

—Y la pelirroja para pasar prácticas, ¿eh?

—No seas mal pensado.

Se oyó un chapoteo dentro del búcaro.

—Sigo opinando que es usted un hombre de suerte, señor Lenox.

—¿A qué viene ese chapoteo de agua, Jackson?

—Se me duermen los remos. Si no me muevo de cuando en cuando, tendrán que amputármelos al salir de aquí. Llevo siete horas en el búcaro, señor Lenox.

—A dos dólares la hora, suman catorce, Jackson.

—Pitágoras a su lado era un pobre chico.

—Te daré veinticinco —y le ofreció los billetes.

—Gracias por los once de propina —sacó una mano mojada y los recogió.

—Procura que no te vean salir del búcaro.

—Seguro que no me verán. Pero cuando descubran mis pantalones llenos de algas, veremos cómo me explico.

—Tú sabrás disculparte, Jackson. Eres un muchacho inteligente.

—A veces lo dudo.

—Gracias por el trabajo, Jackson.

—Adiós, señor Lenox.

Jackson desapareció en el interior del búcaro.

Blocker se acercó hasta su puerta y abrió.

El salón estaba a oscuras.

Sin embargo, en el dormitorio se veía una tenue luz.

El agente caminó hacia él.

Descubrió que la luz procedía del cuarto de baño el cual se comunicaba con el dormitorio.

La puerta del baño estaba abierta.

Alguien se estaba dando una ducha de agua fría.

Por las finas cortinas de plástico se podía distinguir una silueta femenina moviéndose lentamente, para que el agua resbalase por todo su cuerpo.

Blocker permaneció quieto unos segundos, deleitándose con la inesperada exhibición del cortometraje: «La chica en la ducha».

Después, encendió la luz del dormitorio.

Sobre la cama descubrió un vestido femenino y algunas prendas íntimas. En el suelo, y sobre la alfombra, unos zapatos, igualmente de mujer.

—¿Quién hay ahí? —preguntó, una vez accionada la llave de cierre, la fémina que había estado utilizando la ducha de Blocker.

Glen no respondió, pero avanzó hasta el cuarto de baño y entró en él.

Las cortinas de plástico se abrieron, pero sólo por arriba, y lo justo para que una pelirroja exuberante asomase el rostro por ellas.

Blocker la miró con detenimiento.

Ella también le observó, sonriendo con coquetería.

—¿Eres Ken Lenox?

—En estos momentos me conformaría con ser una simple ducha metálica.

—O un azulejo del baño —comentó ella, adivinando la intención de las palabras de él.

—También me contentaría.

—Eres un pícaro, Ken.

—No estás en situación de llamar pícaro a nadie.

—¿Me consideras una atrevida por haber utilizado tu ducha?

—Sería ridículo que te considerase una tímida y recatada muchachita, ¿no te parece?

—Y tan ridículo —dijo con gran descaro.

—Mejor es que nos entendamos desde el principio.

—Nos entenderemos, Ken.

—¿Cómo te llamas, rica?

—Priscilla.

—¿Qué se te ha perdido en mi baño?

—Nada. Llevaba mucho rato esperándote, y como hace calor, decidí refrescarme. ¿Es eso algo malo?

—No. ¿Por qué me esperabas?

Ella jugueteó un rato con la lengua y luego respondió:

—Te vi en la piscina, Ken... Me gustaste mucho... Pregunté a un botones y me dijo lo que yo quería saber. Eres soltero, estás de vacaciones... La compañía de una mujer como yo, no te puede molestar.

—Eso lo diré yo... cuando te vea. No puedo dar una opinión, sin conocimiento de causa.

—Las cortinas del baño son de un plástico bastante transparente... —dijo mirándose el cuerpo a través de ellas.

—No lo suficiente.

—Pues acércame esa toalla que hay sobre la banqueta y saldré de aquí.

—Y... ¿si no te la diera?

Priscilla sonrió con malicia.

—Tendría que salir tal como voy.

—Me quedo con lo último.

—El botones me dijo que eras todo un caballero.

—¿Desde cuándo los caballeros las prefieren con toalla?

—Qué buen humor el tuyo, Ken... Anda, no seas pillín y dame la toalla.

—Nones.

La pelirroja hizo un mohín de enfado.

—Si no eres obediente, me marcharé de aquí en cuanto salga.

—¿Serías capaz de salir en cueros por el corredor?

—Arrancaré las cortinas y me cubriré con ellas.

—Darías el golpe, Priscilla —sonrió Blocker.

—Por favor, Ken... Ya discutiremos más adelante sobre la conveniencia o no de llevar puesta la toalla.

El agente se la ofreció al fin.

—Qué buen chico eres, Ken.

—A mandar, preciosa.

Ella empezó a secarse el cuerpo.

—Si te puedo ayudar en algo...

—Eres un truhan, Ken.

Priscilla acabó el secado y se enrolló la toalla, anudándosela debajo del brazo izquierdo.

Salió de la bañera.

Blocker la contempló absorto.

La pelirroja, deliberadamente, había dejado muchas cosas a la vista, presentándose ante Glenn como una diosa de la provocación.

—¿Qué dices ahora, Ken?

—Tu silueta ya dejaba entrever que la cosa no era moco de pavo.

—¿Puedo quedarme entonces?

—Todo el tiempo que quieras.

—Gracias, Ken.

Priscilla se dirigió hacia el salón, cuidando mucho las sacudidas. Blocker la siguió como un autómata.

La pelirroja se aposentó en el diván y cruzó las piernas.

Glenn chasqueó la lengua y se aflojó el cuello de la camisa. Después se desprendió de la chaqueta del smoking y se subió las mangas, como si fuera a pegarse con alguien.

—¿Tomamos algo, Ken?

—Claro.

—¿Qué tomamos?

—No soy partidario de las imposiciones. Cada cual que tome lo que prefiera —y acercándose al diván, se dejó caer en él, atenazando con fuerza a la pelirroja. La besó un par de veces en la boca.

—Me refería a la bebida, Ken... —aclaró ella, jadeante aún.

—Y yo a la comida, Priscilla. Voy por el segundo plato.

Mientras la besaba unas cuantas veces más, le acarició la espalda, tratando de llegar al nudo de la toalla.

—Eres un tunante, Ken... —reprochó entrecortadamente ella, mientras su busto se balanceaba a gran velocidad. Pero apretó el brazo izquierdo, impidiendo que Blocker lograra su atrevido propósito.

—Habíamos quedado en discutir lo de la toalla.

—Más tarde, Ken.

—Nunca es tarde si la toalla cae... —dijo resignado el agente.

Priscilla sonrió con picardía.

—Olvídate de la toalla un momento.

—A mí la toalla me importa un bledo, nena.

—Pero le has tomado manía.

—Desde luego.

—Sírreme un whisky, Ken. Bien fresquito.

—Voy a preparártelo.

Blocker se acercó al mueble de las bebidas y escanció whisky en dos vasos, echando luego unos trozos de hielo.

Cuando se volvió, Priscilla le estaba encañonando con una impresionante pistola automática.

La pelirroja continuaba tan sonriente.

—¿Qué significa esto, encanto?

—Que no debes moverte ni un centímetro en ninguna dirección. Deja, sin volverte, los vasos sobre el mueble.

Blocker obedeció.

—¿En qué te ha molestado el bueno de Ken Lenox?

—Tú no eres Ken Lenox.

—¿No?

—Tú te llamas Glenn Blocker, eres agente del FBI, y has venido a Miami a causarle problemas a alguien que me trata muy bien.

—Y tú no puedes permitirlo.

—Exacto.

—¿Te han encargado escabecharme o ha sido iniciativa propia?

—Cumpla órdenes.

—Eso me consuela un poco.

—¿Por qué? Al fin y al cabo...

—No es lo mismo, Priscilla. Una chica tan completa como tú, no es lógico que tenga malos instintos.

—Gracias por el cumplido.

—Qué lástima... Tan bien que lo hubiéramos pasado...

—Así es la vida, Glenn. El dinero manda. Yo, por dinero, hago lo que sea. Si tú fueras rico...

—¿Quién te ha dicho que no lo soy?

—Un agente del FBI no puede ser rico.

—¿Qué tengo que darte para que no me «factures»?

—¿Puedes comprarme un abrigo de visón?

—Ni de piel de gato.

—Ya lo ves...

—¿Ese que te paga puede regalártelo?

—Claro. Y dos vestidos de noche.

—Mucha pasta debe tener.

—La tiene.

—Qué suerte.

—Voy a disparar, Glenn.

—Espera un poco.

—¿Por qué?

—Déjame que contemple tus piernas un poco más. Desde aquí

se ven mucho mejor.

Ella empezó a columpiar la pierna que tenía sobre la otra.

—No provoques a alguien que se va, Priscilla.

—En el fondo, siento tener que liquidarte, Glenn. Eres un chico muy simpático.

—Aún estás a tiempo, hermosa. Tira la pistola por la terraza.

—Perdería mi abrigo, Glenn.

—Me comprometo a cazar un montón de visones, Priscilla. Con el tiempo, tendrás tu abrigo.

—Lo lamento, Glenn. Tu suerte está echada.

—Dime al menos quién te ha encargado que me llenes de plomo.

—¿Para qué?

—Rezaré por él allá arriba —ironizó Blocker mirando al techo.

—No te solucionará nada.

—Es el mismo que envió a Duke y a Linder, ¿verdad?

—Sí.

—¿Su nombre?

—Mike Crawford.

—No me suena.

—Porque no le conoces.

—Y si no le conozco... ¿por qué quiere que me mates?

—Tú andas detrás de una banda de traficantes de narcóticos. Mike Crawford es el jefe.

—Y tiene miedo de que lo atrape.

—Sí.

Blocker empezó a reír.

—¿Sabes una cosa, Priscilla? No tenía ni idea de que ese Mike Crawford andase cerca. Sólo vine a Miami a disfrutar un mes de vacaciones.

—Y por eso te registraste en el hotel bajo el nombre de Ken Lenox... —dijo con sarcasmo la pelirroja.

—Lo hice por motivos particulares.

—Sea cierto o no, da lo mismo. Vas a morir, Glenn.

—¿Me dejas que te dé un beso de despedida?

—No.

—¿Vas a negarle la última voluntad a un condenado a muerte?

—Eres demasiado peligroso como para ir con bobaditas, Glenn.

—¿Estás dispuesta a disparar?

—Sí.

—En fin... ¿Puedo pedirte otra cosa?

—¿El qué?

—Apúntame al corazón. No quisiera sufrir mucho.

—Procuraré complacerte.

Blocker carraspeó ligeramente y dijo:

—Lo tengo aquí, Priscilla; en la izquierda —y se lo señaló con un dedo.

—Me asombra tu sangre fría, Glenn. Vas a morir y sin embargo...

—Lo que tengas que hacer, pronto, muchacha. La espera dicen que forma parte del placer, pero la frasecita no encaja ahora.

La pelirroja estiró el brazo y apuntó al corazón del agente.

—Adiós, Glenn.

—Eres un verdugo muy educado, preciosa.

Ella apretó el gatillo una vez, dos, tres...

La pistola no hizo «pum».

Priscilla empalideció en cosa de segundos.

—Sigue accionando el gatillo, nena. Quizá se haya encasquillado un poco.

Ella lo hizo, pero con idéntico resultado.

—¡No funciona! —exclamó demudada.

Blocker sacó algo de un bolsillo.

—A ver si no va porque le falta esto... —y le mostró un cargador.

—¿Cómo has podido...?

—Muy sencillo, tesoro. Mientras simulaba intentar deshacerte el nudo de la toalla con una mano, la otra rebuscaba por debajo de los almohadones del diván. Sabía que la pistola tenía que estar ahí. Tú saliste del cuarto de baño envuelta en una toallita que te cubría muy pocas cosas, cruzaste el dormitorio y viniste aquí. ¿Por qué? Porque buscabas la pistola. De lo contrario, te hubieses detenido en el dormitorio. En él tenías tus ropas; y había una cama muy

tentadora. Si tus propósitos hubiesen sido los de embaucarme en una aventura amorosa, maldita la falta que te hacía el diván.

Ella dejó caer la inútil pistola al suelo.

—Con razón decían que eras peligroso, Glenn.

—Lo mío he pasado para ganarme ese prestigio, dulzura.

—¿Qué, vas a hacer conmigo?

—La policía se encargará de ti.

—Me encerrarán.

—No lo dudes.

—Quizá diez años...

—Pocos me parecen. Hazte a la idea de unos veinte.

—Cuando salga estaré muy arrugada.

—Entonces ya se habrá inventado una plancha que sirva para las arrugas del cuerpo. Te das un buen planchado y lista.

—No te burles.

—Recuerda que quise darte una oportunidad. Tú te lo has buscado, Priscilla.

Ella se puso en pie.

—Tengo algo mejor, Glenn —sonrió extrañamente,

—¿Sí?

—Mando la toalla a la porra y nos divertimos un par de horas.

—¿Y luego?

—Me dejas marchar.

—No.

Priscilla cobró una pose muy provocativa.

—¿Qué has dicho, Glenn?

—Que no. Puedes hacer lo que quieras con la toalla, pero con ella, o sin ella, no lograrás convencerme.

—Jamás he matado a nadie, Glenn... —se puso seria y recuperó una posición normal.

—Suponiendo que digas la verdad, y eso es mucho suponer, a mí me lo debes. Si no llego a quitarte el cargador...

La pelirroja se mordió los labios.

Blocker se aproximó a una cortina y le arrancó el cordón.

—¿Vas a atarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer algo antes de entregarte a la policía.

A Priscilla le pareció bien. Aquello suponía la posibilidad de poder librarse de las ligaduras y largarse a toda prisa. Se dejó atar sin oponer resistencia.

Blocker le ató las manos atrás. Luego los pies. Finalmente, y poniéndola sobre la alfombra boca abajo, pasó un trozo de cordón entre las ligaduras de manos y pies, obligando a la pelirroja a que los talones le tocasen el trasero.

Priscilla quedó amarrada como un paquete.

Empezó a sospechar que no podría soltarse tan fácilmente como suponía.

—Ahora, Priscilla, respóndeme a unas preguntas —dijo Blocker, sentándose sobre la alfombra.

—Estoy muy incómoda, Glenn... Me levantaré plana como un ladrillo.

—Antes cederá el suelo.

—Ya no quiero tus cumplidos.

—¿Dónde vive ese Mike Crawford?

—En Marte.

—¿No quieres decírmelo?

—Ya ves que no.

—Te obligaré, Priscilla. Y puedo hacerte daño.

—Lo soportaré. Soy una mujer valiente. Ni el peor de los tormentos podría conmigo.

—Muchas chicas tienen unas cosquillas insufribles...

El cuerpo de la pelirroja dio una sacudida sólo de pensarlo.

—A mí... A mí... no me hacen nada —respondió a trompicones.

—Tu nerviosismo te delata, Priscilla. Apuesto a que tú eres de las menos resistentes a ese inocente tormento.

Ella se mordió la punta de la lengua.

—¿Sigues negándote, muñeca?

La pelirroja no dijo nada.

—Tú lo has querido.

Blocker le rozó apenas una de las zonas más propensas a las cosquillas, y ella habló como un vendedor ambulante, aunque entre

risas estridentes e incontenibles.

—¡Mike Crawford vive en este hotel! ¡Habitación 112! ¡Allí estará ahora con Duke y Linder! ¡Los tres esperan mi regreso, para que les cuente lo sucedido contigo! ¡Ay! ¡Basta, Glenn, basta! ¡Me deshago de risa! ¡Huy!

El agente dejó de tocarle el punto vital.

Priscilla continuó riendo a mandíbula abierta, sin dejar de encogerse y estirarse como la molla de un caracol.

Blocker se levantó, cogió su chaqueta y salió de la habitación.

CAPÍTULO X

GLENN subió a la sexta planta y dio unos golpes con los nudillos en la puerta 286.

Leslie Ross tardó un poco en abrir, pero por fin lo hizo, envuelta en un salto de cama de gasa azul que le paró el corazón al agente durante varios segundos.

—¿Otra vez tú, Glenn? —se molestó la atractiva morena.

—Otra vez yo, amor mío.

—¿Qué te ocurre? ¿No puedes dormir?

—Ni siquiera lo he intentado.

—¿Cuándo piensas hacerlo, mañana al mediodía? Aunque quizá debería decir hoy al mediodía, porque son más de las tres.

—Te necesito, Leslie.

—Eso me complace, Glenn. Pero ahora, regresa a tu habitación y trata de dormir un poco, ¿eh?

—No puedo, cariño.

—Ya verás como sí. No seas travieso y obedéceme.

—Tengo una mujer en mi habitación, Leslie.

—Así dormirás mejor, Glenn. Buenas noches.

—¿No me crees, Leslie?

—¿Qué te voy a creer? Es una treta para darme celos y obligarme a hacer lo que no quiero ni debo.

Blocker masculló una maldición.

—Es cierto lo que digo, Leslie. Es joven, pelirroja y muy jugosa.

—Pues la exprimes y te la tomas en vaso.

—¡Demonios! Te juro que es verdad —se exaltó Blocker.

—Claro. Ahora dime que está sin ropa y esperándote en la cama.

—Casi.

—¿Qué...?

—Se cubre con una toalla insignificante y la tengo atada como un fardo. Está tumbada sobre la alfombra, boca abajo, en el salón. Me estaba esperando en el baño, tomando una ducha. Quiso conquistarme. Luego sacó una pistola y apretó el gatillo. Por fortuna, antes me había ocupado yo de quitarle el cargador al arma.

La morena dejó las ironías a un lado.

—¿Es verdad lo que dices, Glenn?

—¿Quieres que lo repita todo?

—¿Por qué quiso matarte esa mujer?

—La envió un tal Mike Crawford; el mismo que mandó a los dos gorilas de esta tarde. Crawford es el jefe de la pandilla de traficantes que deseaba, atrapar el ogro.

—¡Qué casualidad!

—Crawford, Duke y Linder, están en la habitación 112, en este mismo hotel, esperando el regreso de la pájara.

—¿Vas a detenerlos?

—Sí. Y necesito que tú me ayudes.

—¿Qué debo hacer, Glenn?

—Bajar a mi habitación y vigilar a la pelirroja que tengo atada. No quiero exponerme a que pueda escaparse mientras yo voy por Crawford y sus dos compinches.

—De acuerdo —dijo saliendo al corredor.

—No puedes bajar así, Leslie... —dijo Blocker, mirándola sonriente.

—¡Oh! —exclamó ella, viendo la ligereza de su indumentaria.

—Ponte algo encima.

Leslie regresó a su habitación, saliendo antes de un minuto con una larga bata.

—Así está mejor, nena. Que te haya visto yo, está bien, pero los demás que se chinchén.

—Eres un fresco, Glenn.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Corrieron escaleras abajo.

Antes de separarse en la cuarta planta, Blocker dijo:

—Si la pelirroja vocea o se pone pesada, hazle cosquillas. La amansarás al instante.

—¿Dónde?

—Donde quieras. Las tiene en múltiples lugares.

—¿Y tú cómo lo sabes, bellaco? —endureció la mirada.

Blocker emitió una tos nerviosa.

—Un agente del FBI tiene que saber muchas cosas, Leslie.

—Ya ajustaremos cuentas cuando regreses, Glenn —amenazó ella.

Blocker la abarcó por la cintura y le dio un apasionado beso.

Leslie se olvidó de sus amenazas y le correspondió con frenesí.

—Cuídate mucho, Glenn.

—Lo haré, Leslie.

—¿Tardarás mucho?

—No creo.

—Suerte.

Blocker la besó una vez más y luego echó a correr.

Leslie se introdujo en la habitación del agente.

* * *

Mike Crawford, Duke y Linder, sentados alrededor de una mesa, jugaban una partida de póquer.

El jefe mordía con fiereza un habano que colgaba, en forma de tranca, por la comisura izquierda de su boca.

Duke y Linder parecían dos momias egipcias recién sacadas de sus respectivos sarcófagos. Llevaban tiras de esparadrapo por todo el rostro, quedándoles sólo al descubierto los ojos, los agujeros de la nariz y las rajas bucales.

—Juegas tú, «Tutankhamon».

—No se mofe, jefe —se enfadó Linder—. Si a usted le hubiesen sacudido como a nosotros, otro humor le cantarí.

—No es burla, Linder. Tan sólo, que estoy contento. Blocker ya debe estar sosteniéndole las llaves a San Pedro.

—Eso afirmelo cuando Priscilla regrese y lo confirme, jefe —medió Duke—. Ese Blocker no es un pastel de fresas precisamente.

—Los hombres más duros, grandes, e inteligentes de la Historia, cayeron a manos de lindas y astutas mujeres.

—Confiemos en la tradición, jefe.

—Descubre tu juego, Linder.

El matón enseñó sus cartas y dijo exultante:

—Trío de ases y pareja de reyes.

Crawford abrió mucho la boca.

Duke también se sorprendió en gran manera, aunque a causa del vendaje, no se notó.

—Ahí sólo veo una pareja de sietes, un seis, un caballo y un rey... —observó Crawford.

—¿De veras, jefe? —se extrañó Linder, y acercó la vista hasta casi rozar las cartas—. Es cierto, infiernos... Perdone, jefe; es la bola bailona que aún sigue con su rock and roll. A veces veo lo que no veo.

—Como no te fijas más, verás las estrellas —amenazó el jefe.

—Esta tarde ya me di un paseo por el firmamento. Me las conozco todas. Lo que necesito son vitaminas para la vista. Bueno, para la vista y para el resto del esqueleto.

—Eso lo arreglo yo —dijo una voz.

—¿Usted, jefe?

—Yo no he dicho nada, Linder. ¿Lo has dicho tú, Duke?

—No...

Glenn Blocker se dejó ver por detrás de una cortina próxima a la terraza.

—El que ofrece las vitaminas soy yo.

A Crawford le cayó el puro sobre la mesa.

Duke y Linder empezaron a temblar.

—¡Blocker! —exclamó Mike Crawford con el rostro cadavérico.

—El mismo, Crawford.

—Usted debería estar muerto... —tartamudeó el jefe.

—Me lo he pensado mejor y me quedo aquí abajo.

—¿Qué... ha hecho... con Priscilla?

—La habrá tirado por el hueco del ascensor —balbuceó Duke.

—La habrá convertido en margarina fina —opinó con un hilo de voz Linder.

—Está sana y salva, Crawford —aclaró Glenn—. La policía se ha encargado de ella.

—¿Cómo ha entrado aquí, Blocker? —inquirió Mike.

—He venido volando. Tengo una avioneta en la terraza.

Glenn sólo mintió en parte, porque efectivamente, había entrado por la terraza, saltando desde la terraza de la habitación 113.

—No veo que empuñe pistola alguna...

—De momento, no. Pero si usted o alguno de sus esbirros intenta sacar un arma, me lo cargo. En el Departamento me llaman Glenn el Rápido.

—Saca la pistola, Duke, y mata al agente —ordenó Crawford.

—Lo siento, jefe. Mi «escupidera» se la quedó él esta tarde.

—Y la mía —advirtió Linder.

—¡Pues la hemos hecho buena! —exclamó furioso Crawford—. La mía se la di a Priscilla.

—Mejor —intervino Glenn—. Así no me veré obligado a matar a nadie.

—Nos quedan seis puños, Blocker —dijo con ufanía Crawford, mientras se ponía en pie.

—Dos puños y cuatro pingajos, jefe —rectificó Linder.

—Vamos por él, muchachos

—Vaya usted delante, jefe, que nosotros iremos después —respondió Duke sin moverse.

—Somos tres contra uno, muchachos —insistió Mike.

—Sólo en sentido numérico. En la práctica, se verá la desventaja de forma muy diferente.

—¡Tenéis que obedecerme! ¡Soy vuestro jefe! ¡Por algo os pago!

—En ese caso... —se levantó muy cansinamente Duke,

—Si quiere que nos convirtamos en Kamikazes... —dijo lánguidamente Linder, alzándose también.

—¡Duro con Blocker, muchachos! —ordenó Crawford, aunque él, muy astuto, no se lanzó sobre el agente del FBI.

Duke avanzó como un beodo y elevó penosamente un brazo.

Glenn dejó ir la derecha y su puño estalló en el rostro del gorila cubierto de tiras adhesivas.

Duke lanzó un grito y se fue contra la mesa de juego, rompiéndole dos patas.

Linder vio caer a su compañero y sintió un nudo en el estómago. Sin embargo, se aproximó heroicamente a Blocker, porque él era un matón fiel y cumplidor de su deber.

—A la boca no, por favor —suplicó cabizbajo.

—Lo tendré presente, chico —respondió Glenn, y le asestó un piñazo en el ojo derecho.

Linder aulló desesperadamente, mientras se estrellaba contra una pared.

La bola loca dejó de bailar, porque se le había quedado en la parte trasera del ojo.

—¡No veo nada! —chilló como una rata.

—Más te vale, Linder —dijo Duke, levantándose del suelo, pero sin apenas fuerzas—. Lo que va a pasar aquí no será nada agradable.

Se acercó a Blocker.

Dos segundos después estaba de nuevo en el suelo, porque tres golpes de Glenn le habían hecho mucho daño.

—¡Animo, muchachos! —gritó Crawford—. ¡Podemos acabar con él!

—A optimista no le gana nadie, jefe —dijo Duke, sangrando por los esparadrapos.

—¡Pareja de cobardes...! —ladró desdeñosamente—, ¡Yo os enseñaré lo que es pelear! ¡Por algo soy cinturón negro!

—Pues, ¡hala!, jefe, ¡hala!... A luchar,.. Dentro de poco estará usted del mismo color que ese cinturón de que tanto presume.

Crawford pegó un salto felino, como un experto judoka, y lanzó un grito muy japonés.

—¡Le voy a descomponer, Blocker!

—Pobre iluso... —masculló Duke.

Mike Crawford hizo algunos movimientos en japonés, acercándose, entre payasada y payasada, al agente del FBI.

Glenn no se movió, pero cuando lo tuvo a su alcance, desplegó un puño con fuerza y rapidez.

Una bomba de relojería hizo explosión en el rostro de Crawford.

Pero Mike era un hombre fuerte y no perdió la vertical.

—¡Hágale la corbata, jefe! —relinchó Duke con sarcasmo.

Glenn le golpeó dos veces más en el estómago, y después le sacudió en la barbilla.

Crawford se enderezó con el rostro amoratado.

Blocker le soltó un trallazo en la boca.

Mientras Mike escupía media docena de dientes, el agente le cascó en el mentón.

Crawford ya no pudo sostenerse en pie y cayó al suelo, gimiendo dolorosamente.

—Ven, Duke; continuemos la «conversación» tú y yo —dijo Glenn.

—No siento ningún deseo de «charlar» contigo, Blocker.

—¿Y tú, Linder?

—¡Yo sólo quiero recuperar la vista!

Blocker se le acercó y le observó el ojo blanco, porque el otro, el izquierdo, permanecía hinchado y cerrado.

—Lo tienes al revés, Linder...

—Me lo suponía.

—Como me dijiste que no te diese en la boca...

—Porque la boca la tengo perdida.

—Si quieres, puedo intentar arreglarte el ojo derecho.

—Pues adelante. Peor de lo que estoy ya no puedo quedar.

Glenn le dio con su puño derecho en el centro de los ojos.

La cabeza de Linder crujió como un mueble viejo.

El primer grito del matón fue de sufrimiento, pero el segundo, de alegría desbordante.

—¡Ya vuelvo a ver! ¡Ya vuelvo a ver!

—Me alegro, muchacho. Ahora te conviene dormir y descansar la vista.

Tras su amable consejo, Glenn le soltó un patadón en la barbilla.

Linder se durmió en el acto.

Glenn se aproximó a Duke.

—¿Vas a dormirme a mí también, Blocker?

—Necesito hablar tranquilo con Crawford...

—Entiendo —Duke levantó el mentón y dejó su quijada a la

disposición del agente—. Con cuidado, Blocker...

La patada de Glenn fue certera y eficaz.

Duke cerró los ojos y quedó sin sentido.

Blocker se acercó a Mike Crawford.

El tipo continuaba despierta, aunque muy deteriorado.

—¿Cómo va eso, Crawford?

—Ahora pienso que ha podido ir peor.

—Quiero una confesión completa.

—¿Para salvar mi alma?

—Menos bromas. Crawford.

—¿Qué desea saber?

—Tocio cuanto esté relacionado con el tráfico de drogas. Proveedores, distribuidores, clientes..., con sus respectivos lugares y domicilios.

—¿Es... necesario?

Glenn le enseñó ambos puños.

—¿Usted qué cree, Crawford?

—Que es necesario.

—Pues vamos allá. Coja lápiz y papel.

* * *

El teniente Burnett era un hombre de unos cuarenta y dos años, de mediana estatura, ojos de mirada inteligente y rostro alegre.

—Ahora ya no lamento que me haya sacado usted de la cama, Blocker. Ha sido un magnífico trabajo.

—Gracias, teniente.

Los dos hombres se encontraban en la habitación del agente.

Leslie Ross estaba con ellos, todavía con su bata.

Poco antes, los hombres del teniente Burnett se había llevado a Jefatura, a Crawford, Duke, Linder y Priscilla.

—Pero no le perdono a Shaw Morris el que no haya confiado conmigo.

—Compréndalo, teniente... Había que llevar el asunto con la mayor discreción y cautela.

—Creo que Morris ha exagerado esta vez.

—Nadie, absolutamente nadie, aparte del señor Morris, sabe que estoy en Miami. El jefe del Departamento inventó la farsa de que yo

me hallaba de vacaciones, y de que ni él mismo sabía dónde me encontraba. Ya se lo he contado...

—Sí, sí... —se rascó la frente—. Pero ni aun así me parece lógico que me lo haya ocultado también a mí. Podría haberle prestado a dos o tres de mis hombres, y ellos le hubiesen ayudado a realizar el trabajo.

—Ya ve que no fue necesario.

Burnett rio jovialmente.

—Es verdad, Blocker; no lo fue.

—Quiero pedirle un favor, teniente.

—Concedido de antemano.

—Manténgalo todo en secreto hasta que llame por teléfono el señor Morris. Primero es necesario que hable yo con él. Tomaré el primer avión que salga para Washington.

—De acuerdo. Esperaré a que me llame Shaw Morris.

—Gracias, teniente.

Burnett estrechó la mano de Leslie, luego la del agente, y se despidió, saliendo de la habitación.

—Al fin solos y sin agobios, Leslie —dijo Glenn, cercándola con sus brazos.

—Le has dicho muchas mentiras al teniente Burnett, Glenn.

—También le he dicho alguna verdad.

—¿Como cuál?

—Que me voy en el primer avión que salga para Washington. Hablaré con el ogro y le pondré al corriente de todo. Ya no podemos ocultarnos, puesto que el teniente Burnett sabe quiénes somos. De todas formas, algo se me ocurrirá para que el ogro no me recorte las vacaciones. Después de todo, ellos no me han descubierto. Y como además, he realizado el trabajo que él pensaba encargarme, no hay motivo para que se disguste. Creo haberme ganado las vacaciones dobles y los quinientos dólares de la apuesta.

—¿Me vas a dejar aquí, Glenn? —se entristeció ella.

—Regresaré por la tarde, Leslie. Y por la noche nos casaremos.

—¿De veras, Glenn? —inquirió, cambiando el gesto.

—Sí, Leslie. Pasaremos nuestra luna de miel en Miami; en este hotel; en esta habitación... Aquí nos tiramos los platos a la cabeza, ¿recuerdas?

—Por hacerte pasar por Ken Lenox el ciego —sonrió la morena.

—Pero luego supiste perdonarme y te besé por primera vez sin abusar de la fuerza.

—Podrás besarme así siempre que quieras, Glenn...

—No me lo dirás dos veces.

Blocker buscó los labios de Leslie.

Ella se los ofreció, mientras oprimía con sus brazos la espalda del agente.

* * *

Shaw Morris estaba en su despacho, con una expresión feroz en el rostro.

Frente a su mesa, el rubio Wilde y el pelirrojo Kendall permanecían en pie, estáticos, tras haber aguantado un verdadero chaparrón de censuras lanzadas por su jefe.

—Podéis ir preparando las maletas, pareja de fantoches. Tenéis trabajo en Florida.

—Quizá aún encontremos a Blocker, jefe... —se atrevió a decir Wilde.

—¡No me lo nombres siquiera, mentecato! —y le pegó una patada a la mesa.

—Perdón, jefe —se disculpó el rubio.

—¡Por vuestra culpa se ha burlado de mí y del Departamento entero! —rugió encolerizado.

—Iremos a Florida, jefe —aceptó Kendall.

—¡Claro que iréis! —bramó—. ¡Pues no faltaría más!

El pelirrojo bajó la mirada cohibido.

Wilde encanutó los labios e intentó silbar algo, pero no le salió el aire.

La puerta del despacho se entreabrió, dejando ver el rostro de una joven de cabellos castaños y rojos labios, muy bonita.

—Señor Morris... —dijo casi con miedo.

—¡Qué! —rugió el jefe.

—Aquí hay un hombre con ropas muy raras que desea verle...

—¿Por qué dice lo de ropas muy raras? —mordió las palabras.

—Verá, señor Morris...

—¡No me gustan las secretarias tartamudas! —berreó golpeando

la mesa con un puño.

—Viste como Napoleón Bonaparte, pero lleva barba y bigote. Si quiere que avise al manicomio...

Morris lanzó un bramido.

Kendall y Wilde brincaron a causa de la sorpresa.

A la joven de cabellos castaños le temblaron las rodillas al ver cómo se congestionaba el rostro de Shaw Morris.

—¡Otra vez ese maldito fontanero! —aulló el jefe del Departamento, saltando del sillón—. ¡Que se largue, señorita Stone!

—Quizá sepa algo de Blocker, jefe... —aventuró Wilde.

—Debería dejarle entrar... —corroboró Kendall.

Morris se mordió un puño y luego graznó:

—¡Que pase Napoleón, señorita!

Ella abrió de par en par y el tipo disfrazado entró en la estancia.

—Buenos días, caballeros —y se cuadró militarmente.

—¿Qué demonios se le ha perdido aquí, Bevis? —preguntó iracundo Morris.

—No soy Bevis, jefe. Soy Glenn Blocker.

—¿Otra vez? —estalló Morris.

—Yo le quitaré las ganas de bromear a este arreglador de cañerías, jefe —dijo Wilde, avanzando hacia el Napoleón.

El del disfraz le disparó un puño y el rubio se fue de cabeza contra un butacón.

Kendall quiso intervenir y se encontró con un castañazo en el mentón, lo cual hizo que rodara por el suelo.

—¡Por Satanás! —gruñó Wilde—. ¡Sólo conozco a un tipo que pegue así, jefe! ¡Glenn Blocker!

Napoleón se quitó la barba y el bigote, diciendo:

—Eso es lo que yo dije, pareja de botarates.

—¡Blocker! —exclamó Morris.

—El mismo, jefe. Le traigo buenas noticias. La banda de traficantes que operaba en Florida ha sido capturada. El teniente Burnett los tiene en la Jefatura de Miami.

Shaw Morris se quedó de muestra.

Kendall y Wilde miraron boquiabiertos a Glenn.

—¿Qué le sucede, jefe? —preguntó Blocker—. Creí que la

noticia le pondría contento...

—Pero... Pero..., ¿dónde estabas tú, Blocker? —balbució Morris.

—¿Dónde iba a estar? En Miami, naturalmente. Usted me envió...

—¿Que yo...?

—Claro, jefe. ¿Acaso no lo recuerda?

—Pero tú...

—Lo de que yo no quería ir fue sólo una farsa —interrumpió Glenn—. ¿Cuándo me he negado a cumplir alguna de sus órdenes? ¿Le he fallado alguna vez?

Morris no salía de su asombro.

—La verdad es que no...

—Pues no iba a fallarle ahora. Si es usted como un padre para mí...

—Entonces, lo de las vacaciones dobles y los quinientos dólares...

—Bueno, eso nunca viene mal. Y como no lograron descubrirme, me los he ganado. Pero tenga presente que las empiezo hoy, jefe. He tenido tres días muy ajetreados. Ahora, si es tan amable, vengan los quinientos pavos —y extendió una mano.

Morris los sacó de un cajón y se los entregó.

Glenn se los guardó.

—Dame los detalles, Blocker —rogó Morris.

—Pida conferencia telefónica con Miami y el teniente Burnett, buen amigo suyo, le dará cuantos detalles quiera, jefe. Yo no dispongo de tiempo. Tengo que tomar un avión dentro de muy poco. Me caso esta noche.

—¿Cómo...?

—Lo que oye, jefe. Y con una chica extraordinaria: Leslie Ross.

—¡No!

—Lo siento, jefe. Tendrá que buscarse una secretaria que le teclee para seguido, porque Leslie, de hoy en adelante, sólo me tecleará a mí.

Glenn se acercó a la puerta y giró la manivela.

—Hasta dentro de dos meses, jefe. Adiós, muchachos.

Luego salió del despacho, dejando a Morris, Wilde y Kendall,

convertidos en bloques de granito.

EPILOGO

LESLIE, luciendo un precioso y atrevido bikini, estaba en pie sobre la arena de la playa reservada al hotel La Brisa del Atlántico.

Glenn, en bañador, y con una cámara fotográfica, trataba de encuadrar al máximo la subyugante figura de su esposa, para sacarle la fotografía correspondiente.

—No te muevas ahora, Leslie.

Una rubia prodigiosa se acercó al agente y le tocó un hombro.

Glenn se volvió a tiempo para recibir una tremenda bofetada en toda la mejilla izquierda.

Se tambaleó y perdió la máquina fotográfica.

—Conque ciego, ¿eh? —espetó la rubia—. ¡Sinvergüenza! —y le sacudió en la otra mejilla. Después echó a andar, exhibiendo orgullosa casi todo lo que poseía.

Blocker pudo reconocerla. Era la rubia a quien él le manoseó las posaderas cuando se hacía pasar por ciego.

Leslie se reía tan a gusto que tuvo que arrodillarse sobre la arena, para poder soportar mejor su hilaridad.

Glenn se le acercó y se dejó caer junto a ella.

—Te divierte que aporreen a tu esposo, ¿eh?

—¡Ha sido estupendo, Glenn! —se palmeó los muslos—. Reconoce que te lo merecías por lo que le hiciste.

—Ahora verás lo que te mereces tú —y la abrazó—. Te voy a enterrar en la arena y sólo te dejaré fuera la cabeza.

—¿Sólo dos días que llevamos casados y ya no te gusta lo demás? —inquirió con falso enfado.

—Rectifico, Leslie. Te enterraré la cabeza y me quedaré con el resto.

—Entonces será que te has cansado de mis besos...

—¿Cansado? —repitió sujetándola bien—. Prepárate, Leslie.

—Llamaremos la atención, Glenn...

—Que se hunda el mundo.

Blocker empezó a besarla con vehemencia.

Leslie también se olvidó de las gentes de la playa y le devolvió los besos complacida.

Dos horas después, los recién casados seguían caricia que te doy, beso que te pego.

F I N

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España